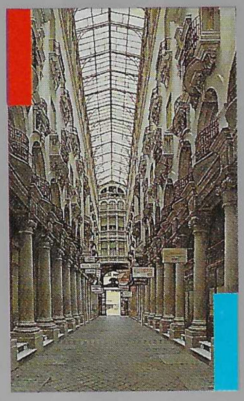


ALBACETE EN SU HISTORIA

ALBACETE EN SU HISTORIA

MUSEO DE ALBACETE
MAYO-AGOSTO DE 1991

ENTIDADES ORGANIZADORAS

Excmo. Ayuntamiento de Albacete
Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha
Museo de Albacete
Instituto de Estudios Albacetenses
Asociación de Amigos del Museo de Albacete

ENTIDADES COLABORADORAS

Caja de Albacete
Escuela Taller Municipal de Albacete
Excma. Diputación Provincial de Albacete
Maestranza Aérea de Albacete
Obispado de Albacete

EL CANAL DE MARÍA CRISTINA

José Sánchez Ferrer

TODA la zona de los Llanos albacetenses está delimitada por la curva de nivel de los 700 metros y ésta, a su vez, rodeada en todo su perímetro por curvas de más altas cotas. Por ello, se configura una cuenca endorréica en cuyo centro está, aproximadamente, Albacete (686 metros en el «Alto de la Villa», uno de los núcleos originarios de la ciudad), en donde se estancaban, hasta tiempos recientes, las aguas de escorrentía y pluviales, formando lagunas permanentes o charcas temporales que en los períodos de lluvias abundantes rebosaban y, en determinadas épocas, inundaban calles y casas de la ciudad.

Teniendo en cuenta los numerosos vestigios arqueológicos hallados se puede afirmar que, a pesar de las poco favorables condiciones naturales, la demarcación estuvo poblada desde las primeras épocas protohistóricas, aunque las características físicas, especialmente en los sectores oeste y suroeste, supusieron hasta el siglo pasado un factor limitante del establecimiento y evolución de la población.

Según Pretel Marín, cuando empezaba el siglo XIV, Albacete era todavía una simple aldea de Chinchilla, una «alquería» mal poblada, en un terreno llano, de malas condiciones climáticas, ambientales y defensivas. Muy pocas personas, y sólo entre las más humildes, serían las que se arriesgaban a vivir en un lugar tan abierto y poco favorecido por la naturaleza. Según el mencionado autor, en 1306 nadie mostraba interés por cultivar los eriales de Albacete a pesar de la donación gratuita de las tierras a quienes las trabajasen.

En el segundo cuarto del citado siglo mejoró sensiblemente la situación, merced a la gran acción repobladora y organizativa de don Juan Manuel. De esta época tenemos ya referencias documentales que aluden a enclaves y caseríos concretos del territorio occidental del término.

La abundancia de lagunas, con frecuencia salobres (Salobral), debió dificultar la expan-

sión de la agricultura, aunque no de la explotación ganadera. Ya se ha indicado en la introducción «Albacete medieval» que las primeras obras de saneamiento y puesta en producción agrícola de los humedales se realizaron en los últimos años de don Juan Manuel. Recordemos la traída al término de Chinchilla de aguas del Río de Balazote —a través del cauce del «Río don Juan» y del Canal de la Lobera— y de la laguna del Acequión —por el canal del mismo nombre—. Con estas captaciones y conducciones se conseguiría un abundante caudal de agua.

La existencia de dichos cauces está probada documentalmente y ello permite, basándonos en la idea de que no parece lógico canalizar aguas hacia tierras endorréicas sin darles salida, considerar la hipótesis de que también por entonces se acometiera la construcción de una acequia que enlazando con las anteriores, desecara lo máximo posible la zona. Esto no sería excepcional teniendo en cuenta que bajo el patrocinio de los Manuel se ejecutaron canalizaciones hidráulicas de envergadura. Tal es el caso de Almansa, que llevó a su campo el agua de la aldea chinchillana de Alpera, o el de los trasvases de las fuentes de Villena a Elche y posteriormente a Elda.

Hay otro dato que conviene tener en cuenta. Según Pretel, hacia 1483, la necesidad de caudales de agua que permitieran instalar molinos en el municipio hizo que el concejo, con permiso de Chinchilla, construyera una acequia que llevase hasta la villa las aguas de los Ojos de San Jorge, construcción que queda confirmada por otro testimonio de 1500, en el que se indica que la obra fue mandada realizar por los Reyes Católicos que comunicaron su deseo a través de una carta de provisión.

Todo esto muestra una concentración sorprendente de corrientes, tan considerables como para mover las ruedas de los molinos, en un área sin salida natural de aguas. Y eso, sin tener en cuenta que es muy posible que existieran vertidos y canalizaciones procedentes de la laguna del Salobral y aledaños.

Sin embargo, a pesar de esta acumulación de caudales, ni Pretel Marín, que conoce la documentación del siglo XV, ni Santamaría Conde y Carrilero Martínez, que han trabajado la de la primera y segunda mitad, respectivamente, del siglo XVI, tienen noticia de inundaciones en estos siglos.

Es posible que en estas centurias el régimen pluviométrico posibilitara un manto freático de cierta profundidad, lo que puede ser atisbado teniendo en cuenta que hay referencias de perforación de pozos en la zona, y que el agua conducida por las acequias se utilizara completamente en el aprovechamiento ganadero, industrial y, sobre todo, agrícola. Quizás el consumo y el caudal estuvieron equilibrados de tal manera que quedaban escasos excedentes de agua que podían ser absorbidos por una reducida superficie que sería la de permanente encharcamiento.

Un documento que puede apoyar esta interpretación se guarda en la Sección de Municipios del Archivo Histórico Provincial (en la Caja 542). Se trata del informe que realizó en 1577 el Alguacil Mayor Vera sobre el proyecto que se elaboró sobre el uso de la *Acequia*. Su postura era de clara defensa del uso agrícola prioritario de las aguas del canal. En su alegato manifiesta que

> «... regando traen el agua recogida que no se pierde ni se haze lagunas como se a visto por expiriencia que cesando el riego la acequia (...) se sale

por muchas partes y se hazen lagunas muy grandes...»

Ahora bien, aún aceptando la posibilidad anterior quedaría sin solucionar el problema durante la época de las lluvias que, sin duda, acumularía mucha agua sobre la villa y su entorno y ocasionaría encharcamientos e inundaciones importantes y de duración. Por ello, el mismo hecho citado anteriormente, de la ausencia de referencias documentales en este sentido, se constituye en un dato importante que avala la posibilidad de la existencia de una acequia que, al menos, aliviase el agua de la zona endorréica. Estaríamos así, ante una infraestructura con los mismos objetivos, y por tanto ante un precedente, que el posterior Canal de María Cristina. No tenemos apenas noticias al respecto, únicamente las ya citadas por Pretel del «derramadero» y del «despeñadero del agua» en la aldea de Abenlupe fechadas en 1457.

Creo, pues, que la hipótesis mencionada debería quedar formulada y a la espera de más elementos de juicio.

A principios del siglo XVII se inició un período de regresión en todos los órdenes que se acentuó a partir de mediados de la centuria. Además de las causas económicas, tuvo influencia la mortalidad producida por las sucesivas epidemias de peste bubónica. Quizás, por entonces, pudieron perderse parte de las canalizaciones construidas.

En el siglo XVIII comenzó una ligera recuperación de la población, pero la interconexión entre características físicas y sistema de explotación económico no daba margen para un aumento de la población y la agricultura seguía sin apenas practicarse. En Albacete, las tierras dedicadas al cultivo permanecían en barbecho, el denominado arbustivo, durante 5, 10 y 13 años, según la calidad. Los dos últimos eran los períodos improductivos de, más o menos, el 95 % del labradío de secano, lo que representaba el 75 % de las tierras del término. Por tanto, el espacio estaba fundamentalmente explotado por la ganadería extensiva y dominado por las oligarquías ganaderas.

Entre 1720 y 1740 comenzaron a observarse en el territorio del antiguo Marquesado de Villena (al que Albacete perteneció), los efectos del proceso roturador reducido encaminado a la adquisición de la base agrícola que le faltaba. No obstante, a mediados del siglo XVIII el municipio aún estaba por debajo de los cinco habitantes por Km. cuadrado. La economía extensiva y el débil potencial demográfico (y ambos estrechamente relacionados con los caracteres físicos) ejercieron un condicionamiento recíproco y supusieron un modestísimo avance. Guy Lemeunier piensa que la puesta en valor agrícola de la llanura suponía la ejecución de obras de drenaje previas, especialmente en los sectores oeste y suroeste, pero que los grandes ganaderos, cuyos rebaños utilizaban los prados como pastos, no tenían interés alguno en la desecación y los regidores albacetenses, en gran parte ganaderos, eran hostiles al drenaje de los Llanos. A pesar de ello, se empezaron a registrar peticiones por parte de las autoridades de la villa en el sentido de remediar la mala situación que creaban las aguas.

Hay que detenerse a considerar por qué no hay noticias de inundaciones durante los siglos XV y XVI y sin embargo son reiteradas las peticiones a lo largo del XVIII ante los efectos perniciosos de los lodazales. Para su interpretación se pueden barajar varias hipótesis e, incluso, considerar, muy probable, una confluencia de causas.

Por un lado, una explicación climatológica. Se van conociendo trabajos y realizando

investigaciones que indican que conforme va discurriendo la época moderna va registrándose un aumento acusado de la pluviosidad que pudo elevar mucho el nivel pizométrico y, por tanto, agravar en gran manera la situación.

Por otro, la posibilidad de que si existió un drenaje con desagüe se perdiera con la crisis del XVII y no se volviese a rehacer ante la falta de recursos o de interés o, simplemente, estas estructuras ya no eran suficientes ante el aumento de los acuíferos.

Por último, un gran descenso de riego agrícola (¿por una excesiva orientación ganadera de la economía?) que hizo que se desequilibrase el sistema utilizado en centurias anteriores. Esto puede apoyarse en el informe de Albacete al Catastro de la Ensenada en 1755. Por él podemos saber que en todo el término sólo existían 124 almudes de tierras de regadío, lo que representaba el 0'05 % de las tierras laborables, que, además, se efectuaba fundamentalmente por norias.

Según Sánchez Torres, «... de 1748 data la primera noticia que poseemos de la petición elevada al gobierno, solicitando el desagüe de las lagunas mencionadas; veinte años más tarde, éste pedía al Corregidor albacetense un informe completo sobre la situación en la que se encontraba la villa. En 1773, se realiza el primer proyecto del Canal, debido a Fray Marcos de Santa Rosa de Lima; casi diez años más tardó el Gobierno en aprobar el proyecto. En agosto de 1787 debían haber comenzado las obras, corriendo los gastos a cargo de los propios albacetenses, pero no se recogieron fondos suficientes y la empresa se malogró antes de comenzar».

En 1787, el capellán Fernando Pérez Tomás, en su informe para el Diccionario de Tomás López, describía la situación por aquella época y dictaminaba las grandes posibilidades que la obra, no muy costosa, de llevar las aguas al río Júcar, produciría en el término. Un poco más adelante pone de manifiesto que «*sobre la parte del Poniente, y a la distancia de un quarto de legua de Albacete, corre el canal, ó Azequia antigua, por cuia caxa vajan las aguas de los nacimientos que salen de su término*», con lo que se tiene otra referencia de la existencia de una red de canalizaciones, la que se construyó a lo largo de los siglos XIV y XV y mantuvo en el XVI, que desembocaba en las inmediaciones de la villa, convirtiendo el área en una ciénaga.

Los años finales del siglo XVIII son, según el testimonio de Madoz, funestos para la población del municipio y, especialmente, de Albacete, que en 1784 sufre una gran inundación. Durante los primeros años de la centuria siguiente continúa la misma tónica catastrófica: en 1802 otra grave inundación y en 1804 una fuerte epidemia de paludismo motivó el informe del Conde de Villaleal a las autoridades del Estado. A partir de aquí, el proyecto completo de la desecación empezaría a ser una realidad. Para Guy Lemeunier, las operaciones de puesta en cultivo de los Llanos aparecen como un comienzo de la reorientación agrícola de la oligarquía albacetense y justifican la realización del drenaje y la incorporación de estos terrenos a la economía del resto del municipio.

No voy a detenerme en el proceso concreto que se efectuó. Existe una amplia documentación al respecto en el Archivo Histórico Provincial y hay numerosos estudios publicados, algunos de los cuales figuran en la bibliografía. No obstante, se hará una breve sinópsis.

La obra, que se atribuye al empeño del albacetense Conde de Villaleal —de quien se ha

dicho que consiguió interesar en el proyecto a Carlos IV durante una visita que éste realizó a Albacete en 1802—, se desarrolló en tres fases o períodos:

a) Período entre 1805 y 1808

Comenzó con la apertura del Real Canal (que luego recibirá el nombre de M.ª Cristina, posteriormente el de Albacete y en la actualidad otra vez de M.ª Cristina) como canal colector para llevar las aguas de la zona pantanosa al Júcar. Se construyeron cinco canales complementarios que desaguaban en él. Estos fueron:

— el del desagüe de la laguna del Salobral, hoy denominado Canal del Salobral.
— el del desagüe de las lagunas de Albaidel y Acequión que se conoce en la actualidad como Canal de Acequión.
— el destinado a sacar las aguas de Hoya Vacas.
— el que debía drenar la Fuente del Charco que desembocaba en el Canal del Salobral.
— y el de desagüe de las aguas de los Ojos de San Jorge al que desembocaban el de Acequión, Hoya Vacas y Salobral.

b) Período de 1816 a 1829

Las obras tendieron a ampliar y perfeccionar lo realizado y a organizar un sistema de riegos estable.

c) Período entre 1830 y 1869

Se realizaron obras de rectificación y ensanche y se hizo un proyecto para convertir en navegable el Canal que no se construyó por falta de recursos financieros.

Desde 1830 se suceden fases de decadencia y abandono, incluso se reproducen inundaciones y encharcamientos, con breven períodos de obras y saneamiento. En 1864, el Ministerio de Fomento se desentendió de la administración del Canal, que también fue rechazada por el de Hacienda y por la Diputación Provincial. Finalmente pasó al Ayuntamiento de la capital que consideró como concluidos los trabajos, manteniendo, más o menos, lo realizado hasta entonces.

Al entrar en el segundo período, los positivos efectos comenzaron a hacerse sentir y la población inició su aumento, como recoge Madoz en su *Diccionario*. En 1826, Miñano publicó su *Diccionario* y en él, la descripción de Albacete está casi totalmente dedicada a reseñar la obra, que considera ejemplar y digna de imitación, y a cantar los beneficios que estaba proporcionando. Evidentemente, por la fecha de publicación, maneja solamente los informes de las dos primeras fases que fueron claramente provechosos. No obstante, no hay que perder de vista el contrapunto que de esta visión optimista representa la protesta que los labradores hicieron contra la Empresa del Canal hacia 1820.

Desde 1805 se procedió al apeo, deslinde y amojonamiento de la demarcación noval constituida por las tierras drenadas. Según el Expediente General que realizó en 1906 Quijada Valdivieso, el número de almudes desencharcados ascendió a 26.175, que se

convirtieron en tierras de labor en las que las especies más cultivadas fueron cebada, guijas (muy por encima de las demás), trigo, avena, centeno y azafrán.

Junto a esta estructuración del terreno se dictaron disposiciones que favorecieron el poblamiento y la puesta en cultivo de las nuevas tierras, otorgando beneficios a los agricultores que roturasen los terrenos incultos. Se instalaron molinos harineros y batanes.

A lo largo del siglo, a partir de 1840, encontramos numerosos censos y nomenclátores que nos dan noticia de un aumento progresivo de la población. Cien años después del Censo de Floridablanca (1787), la zona había duplicado los habitantes. Es evidente que a pesar de las dificultades y defectos, la realización de la obra había favorecido el asentamiento de población que siguió, para el mejor aprovechamiento de los recursos agrícolas, un modelo de distribución espacial predominantemente disperso con pequeños núcleos concentrados.

El incremento poblacional prosiguió en nuestro siglo hasta la década de los cincuenta. Desde 1840 a 1950, la población del sector oeste se sextuplicó. Durante los cincuenta primeros años del siglo XX, el índice de aumento del área anteriormente pantanosa progresaba más rápidamente que el total del área rural del término de Albacete, lo que, seguramente, era consecuencia de la canalización, desecación y organización del territorio.

Desde la mitad de la citada centuria, la población comenzó a descender ininterrumpidamente. Este hecho, integrado en el fenómeno del éxodo rural, y el de la evolución que estaba sufriendo la agricultura, trajeron consigo importantes modificaciones socio-económicas en la zona del Canal. Finalmente, el descenso del nivel freático de las últimas décadas ha dejado sin función de drenaje, al menos temporal, a la red de canales, y lugares como los Ojos de San Jorge y el Acequión aparecen sin rastro del agua que antaño fuera tan abundante.

Hoy, la infraestructura del Canal se utiliza, además, como colector para la evacuación de la aguas residuales de la ciudad y su trazado, debidamente cubierto, se ha convertido en una nueva e importante vía de la red urbana.

Bibliografía

Algunas publicaciones que se tratan sobre este tema son:

CANO MANUEL, A.: *Memoria histórica y analítica del Real Canal de la villa de Albacete.* Madrid, 1830.

Ver en FUSTER RUIZ, Fco.: *Fondos bibliográficos albacetenses.* Albacete, 1972. Desde la referencia 271 a la 278.

GUERRA MARTÍNEZ, Ana M.ª: «El Real Canal de Albacete». *Actas del Congreso de Historia de Albacete.* Vol. IV. Albacete, 1984.

LÓPEZ BERMÚDEZ, Fco.: «El sector pantanoso al W de Albacete y su desecación». Rev. *Al-Basit,* n.º 5. Septiembre de 1978.

MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Histórico.* Madrid, 1845.

MOYA, Fco. J.: *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico de España y sus posesiones de ultramar.* Madrid, 1875.

PANADERO MOYA, M.: *La ciudad de Albacete.* Albacete, 1976.
QUIJADA VALDIVIESO, J.: *Prólogo del Expediente General de Apeo, Deslinde y Amojonamiento de las tierras comprendidas dentro de la demarcación noval.* Albacete, 1906.
ROA Y EROSTARBE, J.: *Crónica de la provincia de Albacete.* Tomo I, 1891.
RODRÍGUEZ DE LA TORRE, F. y CANO VALERO, J.: *Relaciones Geográfico-Históricas de Albacete (1786-1789) de Tomás López.* Relación de Albacete. Albacete, 1987.
SÁNCHEZ FERRER, J.: «Sobre el hábitat rural de la zona oeste del Municipio de Albacete». Rev. *Anales*, del Centro de la U.N.E.D. de Albacete, n.º 8. Curso 1986-87.
SÁNCHEZ TORRES, Fco. J.: *Apuntes para la historia de Albacete.* Albacete, 1898.

LA ENSEÑANZA

334

Título de maestro de primera enseñanza aprobado en la escuela normal de Albacete

Fechado en Madrid el 18 de diciembre de 1888.

F. Sans (dibujo), J. G. Alcaraz (grabado).

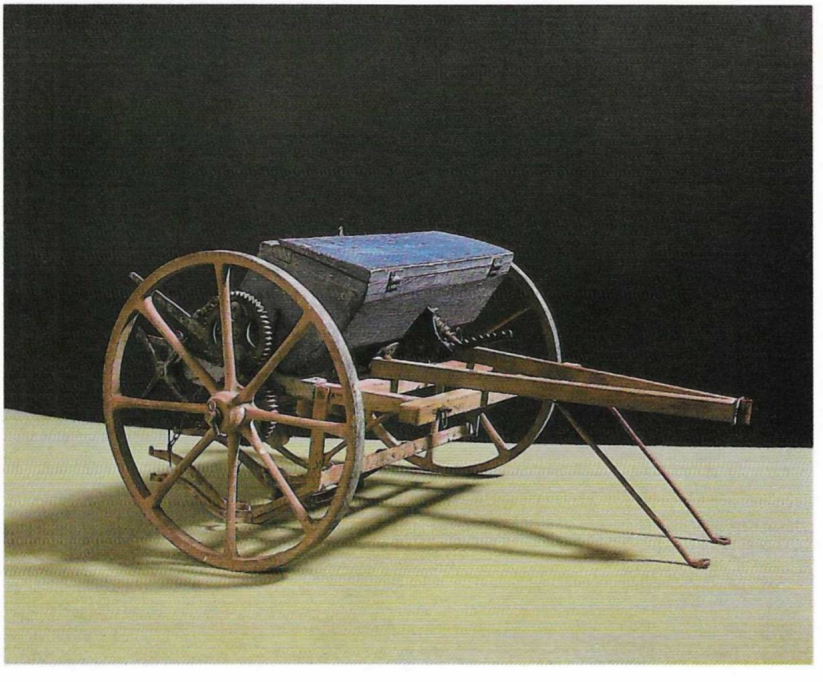
Pergamino impreso y manuscrito.

Alto: 31 cm., ancho: 43'8 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Es el modelo oficial expedido por el Ministerio de Fomento con una rica orla en cuya parte superior aparecen las armas reales y en la inferior objetos de estudio. Está expedido a favor de Don Simón Juan Sánchez y Martínez natural de Fuensanta, quien hizo constar su suficiencia en la Escuela Normal de Albacete. En el reverso del título hay un escrito sellado y firmado por el Rector de la Universidad de Valencia a cuyo distrito pertenecía Albacete.

L.G.S.B.



335

Maqueta de una sembradora mecánica

Primer tercio del siglo XX.

Hierro, madera y latón.

Alto: 29 cm., ancho: 38 cm., largo: 47 cm.

DEPÓSITO DEL INB BACHILLER SABUCO DE ALBACETE.

Reproduce una sembardora mecánica «a lomo». Está montada sobre un tren de tracción de dos ruedas sobre el que cabalga un depósito para la semilla que sale por tres orificios que la distribuyen a unas ruedas repartidoras llegando a los surcos a través de seis conductos cilíndricos. Debajo del depósito, y en la parte posterior de la máquina, aparecen alineados seis arados que envuelven la semilla al caer al suelo.

J. S. F.

336

Maqueta de un arado de vertedera alternante sobre ruedas

Primer tercio del siglo XX.

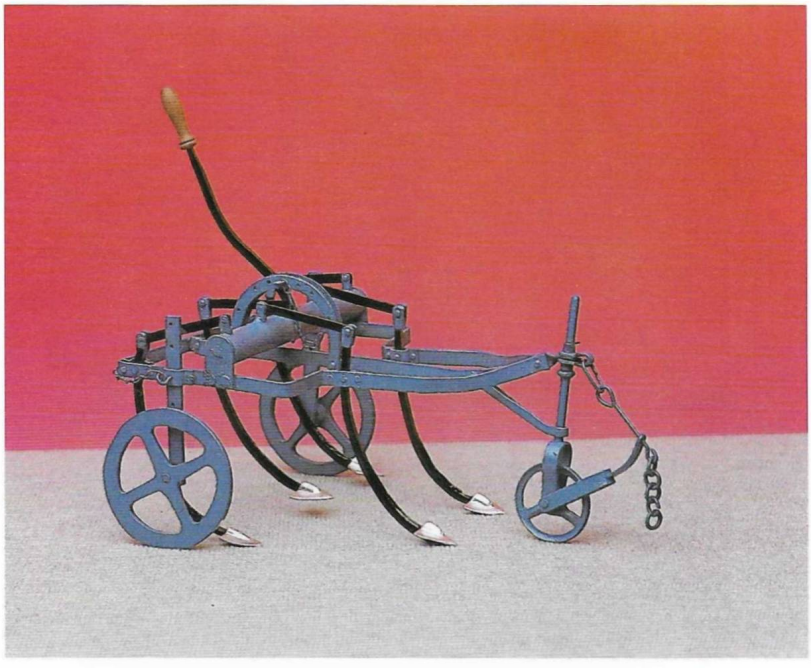
Hierro.

Alto: 27 cm., ancho: 16'5 cm., largo: 48 cm.

DEPÓSITO INB BACHILLER SABUCO DE ALBACETE.

Reproduce una máquina agrícola consistente en dos arados de vertedera con un sistema mecánico giratorio que permite trabajar con uno u otro indistintamente. Está dotada de un par de ruedas delanteras que facilitan el transporte y la tracción.

J. S. F.



337

Maqueta de un arado múltipe sobre ruedas

Primer tercio del siglo XX.

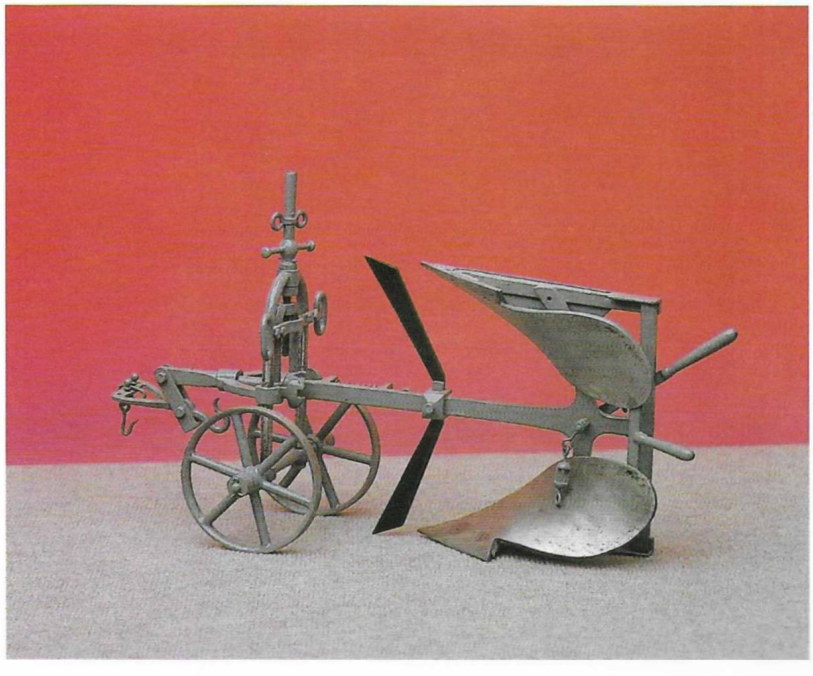
Latón y hierro.

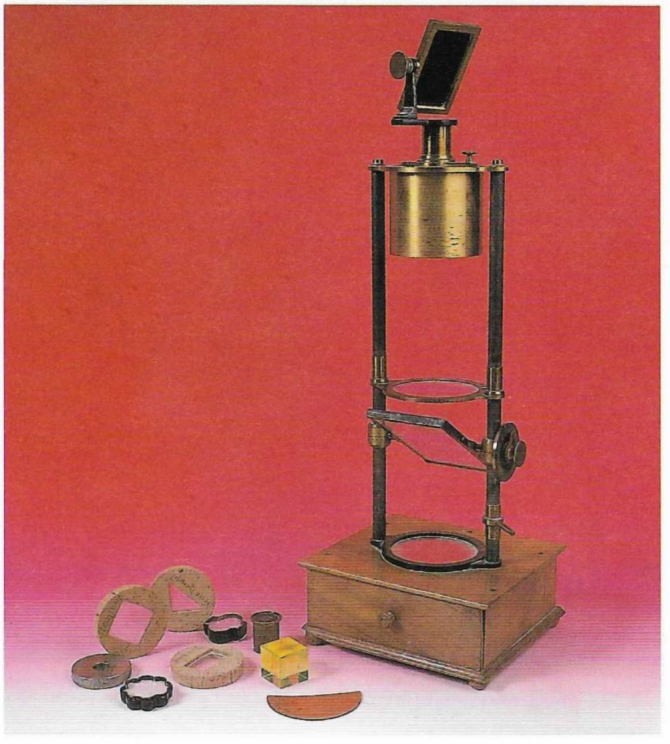
Alto: 34 cm., ancho: 26 cm., largo: 40 cm.

DEPÓSITO IBN BACHILLER SABUCO DE ALBACETE.

Reproduce una máquina agrícola constituida por cinco arados de acción simultánea montados sobre tres ruedas, una delantera (de menor tamaño) y dos traseras, que permiten el transporte y estabilizan la tracción.

J. S. F.





338

Polariscopio de reflexión de Nörrenberg

Fines del siglo XIX o principios del siglo XX.

Metal, madera y cristal.

Alto: 61 cm., ancho: 19 cm., largo: 20 cm.

DEPÓSITO INB BACHILLER SABUCO DE ALBACETE.

El primer Instituto de Albacete estuvo bien dotado de material de laboratorio para la enseñanza experimental de las ciencias. Todos estos aparatos serían hoy interesantes en el aspecto histórico pero de ellos quedan escasas muestras. Una es este polariscopio que presentamos.

J. S. F.

339

Instancia de D. Tomás Navarro Tomás solicitando ser examinado en el Instituto de Albacete

Mayo de 1898.

Alto: 31'5 cm., ancho: 21'5 cm.

DEPÓSITO DEL INB BACHILLER SABUCO DE ALBACETE.

Don Tomás Navarro Tomás, ilustre filólogo natural de La Roda, solicitaba el 2 de mayo de 1898 ser examinado libre de primer curso de Bachillerato. En el curso 1898-99 se examinaba de las asignaturas del segundo curso, según consta en su expediente personal. Poco tiempo después se trasladaría de La Roda a Villena examinándose en el Instituto de Alicante.

Años después, en 1978 con una larga, brillante y fecunda labor, con 94 años, tras ser nombrado miembro de Honor del Instituto de Estudios Albacetenses recordaba en una carta dirigida a esta Institución aquel su primer examen en el instituto de Albacete.

Cat. Expo Albacete, 600 años, 1982: 107 núm. 274. Fuster Ruiz, 1980.

L.G.S.B.

340

Maqueta del campus universitario de Albacete

Antonio Meneses Pérez.

Madera.

Alto: 18 cm., ancho: 148 cm., largo: 117'5 cm.

DEPÓSITO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALBACETE.

El acontecimiento más importante en el ámbito de la enseñanza se produjo hace pocos años: la creación de la Universidad de Castilla-La Mancha. Esta maqueta muestra el proyecto del campus universitario de Albacete, y dos de las facultades ubicadas en la ciudad, Derecho y Economía.

J.S.F.

LA CULTURA

José Sánchez Ferrer

HASTA fechas muy recientes no han existido en la ciudad niveles superiores de enseñanza y tradicionalmente siempre fue una población deprimida en el aspecto cultural. García Berrio pone de manifiesto que todavía en las primeras décadas posteriores a la Guerra Civil «Albacete ha conocido siempre la existencia de una pequeña élite cultural, compuesta fundamentalmente de estimables profesionales liberales y de profesores de enseñanzas medias que han ofrecido en el terreno de la literatura y del arte muy dignos exponentes. No obstante, se trataba evidentemente de individualidades desconectadas y con escasos instrumentos de infraestructura intelectual. La precariedad de medios de acción cultural común nos aislaba a todos, desconectaba a los estudiosos y artistas locales de sus compañeros albacetenses desplazados profesionalmente a otros centros científicos y culturales. Albacete perdía así para una labor sólida y eficaz la mayor parte, ya que no la totalidad, de sus mejores recursos humanos, y las instituciones locales veían esterilizarse siempre sus mejores iniciativas».

Rodríguez de la Torre trata de encontrar una explicación de las causas por las que en la provincia de Albacete no ha existido una tradición histórico-científica. Las que él indica nos parece que también pueden aclarar las carencias culturales de la ciudad.

A su juicio, una primera razón es que en Albacete no ha habido Universidad, creada en los siglos de esplendor —XV y XVI— de estas instituciones. Otras localidades de nuestra Comunidad sí la tuvieron. La falta de ese motor cultural e intelectual —también la de cualquier otro— en esos siglos impidió la implantación y la expansión cultural.

Otra razón que aduce es la cronología tan tardía en la que se instaló la imprenta. Esta falta ha sido un elemento de freno a la vivacidad cultural y una negación de la presencia cultural albacetense, y albaceteña, en otros territorios. Tengamos en cuenta que la primera imprenta, y con carácter itinerante, no llegó hasta 1812.

La tercera causa fue la falta de entidad política. Sólo desde 1833 existe una estructura político-administrativa con una capitalidad y un tejido social de dependencias. Ello ha impedido la creación, en parte, y la irradiación de una influencia cultural como consecuencia de la inexistencia de jurisdicción y consiguiente falta de una función de capitalidad. Hecho reforzado por la carencia de Obispado hasta 1950, lo que ha privado a Albacete de esa repercusión cultural que sin duda tiene la existencia de una historia episcopal.

Historiadores y cronistas de la tierra de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del actual, protagonistas a su vez del panorama cultural de la ciudad, como Baquero Almansa, Sánchez Torres, Blanch e Illa, Roa Erostarbe, Del Campo Aguilar, Quijada Valdivieso, Sánchez Jiménez, etc., y autores de diccionarios y relaciones de antaño, como Parrilla, Madoz, Miñano, Javier de Moya, etc., han rastreado y encontrado los nombres y las obras de albacetenses ilustres que han destacado en las artes, letras y ciencias. Estudiosos de hoy siguen investigando y rescatando del olvido a otros hijos de la ciudad que se distinguieron en el ámbito cultural o completando la información de los ya conocidos.

Así han surgido los nombres, siempre relacionados con la formación eclesiástica, de teólogos y escritores de temas religiosos como los jesuitas Diego Alarcón (1585-1634), González Galindo (1588-1650) y José Cerrillo (1658-1718), o como Antonio Fernández Cantos (alcanzó su época más brillante hacia 1750). Poetas, como Antonio de Agrás (se sabe que vivía en 1660), Nicolás del Pilar, carmelita descalzo que nació hacia 1772, y los escolapios Pascual Suárez (1765-1828), éste también un docto humanista, y Felipe Amador Cebrián (1780-1858). Médicos, como el presbítero Julián Martínez Ibáñez (1700-1775) que legó toda su fortuna al Hospital de San Julián, donde ejercía.

Pueden destacarse también el jurista José M.ª Serna y López (fallecido en 1890) y el pedagogo Mariano Tejada y García (1821-1884).

Se podrían citar bastantes más, pero harían demasiado prolija la lista, aún en el caso de sólo mencionar los anteriores a la Guerra Civil de 1936, tope cronológico que me he marcado en esta introducción.

Las tres figuras que en el campo cultural han descollado más y las que mayor renombre nacional adquirieron fueron los arquitectos Alonso Carbonell y Francisco Jareño y Alarcón y el escritor Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.

Alonso Carbonell (1583-1660) nació en la calle del Cornejo y fue un arquitecto y escultor de la escuela madrileña en el reinado de Felipe IV que estuvo protegido por el Conde-Duque de Olivares. Trabajó en Madrid desde 1612 hasta su muerte. Realizó el palacio barroco del Buen Retiro (Madrid) del que hoy sólo subsisten el Salón de Baile, El Casón (donde se expone el Guernica), y el ala norte (actual Museo del Ejército). Es un edificio característico de la arquitectura madrileña de la primera mitada del siglo XVII. Construyó también la iglesia de Loeches y participó en la construcción y decoración del Panteón del monasterio de El Escorial.

Francisco Jareño (1818-1897) pertenece a la época de transición que supone el cambio de estudios de la Real Academia de San Fernando a la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Obtuvo diversas pensiones con las que estudió varios años en diferentes países europeos. Sus primeras obras importantes fueron la Escuela Central de Agricultura

(Aranjuez) y la Casa de la Moneda (Madrid), en la que colaboró con Mendívil, terminada en 1861. En 1865 se aprobaron sus proyectos para la obra más importante que construyó, la Biblioteca Nacional. Isabel II colocó la primera piedra en 1866 pero su planteamiento inicial sólo se realizó en parte. Influido por Schinckel y por la tendencia neogriega, con fórmulas de gran severidad, realizó el Tribunal de Cuentas del Reino (Madrid).

Jareño evoluciona y comienza a trabajar en la corriente neomudéjar. Ejecutó el Hospital del Niño Jesús (1881) y la Escuela de Veterinaria (1877). En estas obras ensayó el ladrillo, material que había de imponerse en la escuela. Construyó igualmente la Plaza de Toros de Toledo.

El eclepticismo del momento hizo que volviera a los antiguos cánones clásicos. Realizó diversas obras, entre ellas las fachadas de la catedral y del teatro de Las Palmas.

Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins (1812-1889) fue un significativo político, un incisivo periodista —que firmaba con el pseudónimo de «el Licenciado Manchego»— y un notable escritor. Personaje polifacético, cultivó la casi totalidad de los géneros literarios y llegó a ser académico de la Real Academia Española de la Lengua, primero, y su Presidente, posteriormente. Fue, según M.ª Josefa García Payer, «un introductor del Movimiento Romántico, reuniéndose a hurtadillas y en su propia casa con otros jóvenes para leer obras de autores extranjeros, escribir y representar comedias». Posteriormente se incorporó al Realismo.

Su drama «El Duque de Alba» pudo servir como modelo de algunas obras de Larra, Martínez de la Rosa y García Gutiérrez, pero su mejor pieza dramática fue «Doña María de Molina».

Es muy abundante la restante producción en verso e importante, aunque menos extensa, la del género épico en prosa, entre la que destaca «La Manchega», relato vinculado a su tierra natal. También es de interés su obra lírica.

En cuanto a instituciones culturales hay que descatar la creación de algunas de interés a lo largo del siglo XIX y del primer cuarto de nuestro siglo.

Poco tiempo después que la provincia fue creada la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos que protagonizó desde entonces la adquisición y compilación de datos y piezas con valor arqueológico, artístico y folklórico sobre la circunscripción administrativa recientemente formada. Su *Boletín* se convirtió en la publicación más importante de la provincia en estas materias. Aunque no ha sido estudiada su labor, creo que pueden destacarse tres de sus iniciativas.

La primera tuvo su desarrollo en 1844. Ese año se elaboró y llevó a cabo una encuesta de ámbito provincial, de la que se conservan numerosas respuestas en la Biblioteca del Museo de Albacete, sobre monumentos. Las preguntas fueron clasificadas en cuatro apartados dedicados, respectivamente, a monumentos romanos, de la Edad Media, árabes y del Renacimiento. Era un intento de conocer, ordenar y clasificar el partrimonio arquitectónico y arqueológico provincial.

La segunda fue trascendental para la ciudad. Tras una reorganización en 1876, la

Comisión emprendió con el mayor interés la formación de un Museo Provincial de Antigüedades y Bellas Artes, en la que ayudó la Diputación que consignó para ello una corta cantidad en sus presupuestos. Se recibieron los primeros donativos de objetos antiguos y se compraron algunos libros de consulta. En 1880 se consiguieron, en calidad de depósito, doce grandes cuadros procedentes de Museo Nacional. Lentamente se fue obteniendo y exponiendo una variada colección (de la que Roa Erostarbe publica un resumen de la catalogación), dividida en seis secciones entre las que destacaban las de numismática, cerámica y paleontología. En 1927, y tras diversas reuniones, la Comisión daba luz verde a la reordenación del Museo y acordó la creación del Museo Arqueológico —que tendría como conservador a Joaquín Sánchez Jiménez— e inauguraba las tres primeras salas. Con el tiempo, y gracias a la decidida gestión de Samuel de los Santos, esta institución se convertiría en el magnífico Museo de Albacete actual.

La otra se puso en marcha en 1929. Como reflejo del auge de las ciencias arqueológicas y etnográficas es España, la Comisión concibió el proyecto de una encuesta de alcance provincial que recogiese todo el material posible sobre arqueología y folklore de los municipios del territorio. Se encargó de diseñarla y efectuarla el ya citado Conservador de la Comisión de Monumentos. El intento era pionero en la provincia y no tuvo la respuesta que se merecía, sobre todo en su vertiente etnográfica.

En cuanto a las Sociedades y Círculos de carácter cultural podemos indicar que la más significativa fue la fundación del «Ateneo Albacetense», institución estudiada por Morcillo Rosillo. Se realizó en 1880, siendo los promotores y mantenedores Antonio Rentero y Octavio Cuartero. Tuvo unos primeros años de brillantez para ir decayendo hasta llegar a la clausura hacia 1890. El segundo período se desarrolló desde 1908 hasta 1936. El resurgimiento fue obra de los escritores locales Tomás Serna González y Ángel Tévar Orozco. A finales de 1907 se acordó su restablecimiento y a partir del año siguiente realizó una labor cultural relevante en la que fueron incluidas actividades de formación, puesto que, integradas en el Ateneo, se organizaron clases de muy variadas disciplinas que impartían los Catedráticos del Instituto General y Técnico de la ciudad. Paralelamente a sus actividades artístico —literarias se celebraron, algunos años, juegos florales.

En 1920, un grupo de enamorados de la Música acordaron crear la «Filarmónica Albacetense» sociedad cuyo objeto era el cultivo, y fomento del arte musical mediante la celebración de conciertos instrumentales y vocales de reconocidos artístas. Posteriormente se fusionó con el Círculo de Bellas Artes.

Como consecuencia de discrepancias en el seno del Ateneo, un grupo de ateneístas, encabezado por el incansable organizador Tomás Serna, fundó en 1924 el «Círculo de Bellas Artes» con la finalidad de promover el desenvolvimiento de la literatura y el arte en la ciudad. También en él se establecieron enseñanzas directamente relacionadas con los objetivos de la entidad.

Otras instituciones culturales fueron: «El Parnasillo», de carácter íntimo y privado, constituido por hombres de letras en la casa del Conde de Pino-Hermoso; el 18 de marzo de 1849 se fundó el «Casino Primitivo», que aunque no fuese propiamente cultural, tenía cierto tinte en este sentido en función de su biblioteca y de algunas actividades de carácter instructivo; finalmente, «La Academia de Literatura de Albacete», fundada a finales de 1861 y que inauguró sus sesiones el 23 de enero de 1862, la existencia de esta institución fue efímera.

Bibliografía

Algunas publicaciones en donde aparece información sobre el tema son:

BAQUERO ALMANSA, A.: *Hijos ilustres de la provincia de Albacete.* Madrid, 1884.

BLANCH E ILLA, N.: *Crónica de la provincia de Albacete.* Madrid, 1866.

CAMPO AGUILAR, FCO. DEL: *Albacete contemporáneo (1925-1958).* Albacete, 1958.

Ver en FUSTER RUIZ, FCO.: *Fondos bibliográficos albacetenses.* Albacete, 1972. Igualmente ver la amplia bibliografía de este autor. En ella aparecen multitud de datos e informaciones sobre aspectos culturales albacetenses.

GARCÍA BERRIO, A.: «Cultura y vida civil en Albacete». *Bol. informativo del Cultural Albacete,* n.º 8, 1984.

GARCÍA PAYER, M.ª J.: Prólogo de la obra del Marqués de Molins, *La Manchega.* Albacete, 1984. Incluye una extensa bibliografía sobre el Marqués.

MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Histórico.* Madrid, 1845.

MATEOS ARCÁNGEL, A.:

— *Evocaciones y recuerdos albaceteños.* Albacete, 1983.

— *Del Albacete antiguo (imágenes y recuerdos).* Albacete, 1983.

MORALES, J. L.: «Francisco Jareño en los ámbitos del eclepticismo». Bol. *Información* n.º 2. Cultural Albacete. 1986.

MORCILLO ROSILLO, M.: «Aproximación al Ateneo de Albacete a través de la prensa (1880-1936)». Rev. *Ensayos,* n.º 4 abril, 1990.

MOYA, FCO. J.: *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico de España y sus posesiones de ultramar.* Madrid, 1875.

PARRILLA, H.: *Relación de Albacete* (último cuarto del siglo XVIII). Real Academia de la Historia. *Manuscritos de la colección Vargas Ponce.* Tomo IX.

QUIJADA VALDIVIESO, J.: *Albacete en el siglo XX.* Albacete, 1925.

ROA Y EROSTARBE, J.: *Crónica de la provincia de Albacete.* 2 tomos, 1891.

RODRÍGUEZ DE LA TORRE, F.: «A la búsqueda de la historia de la ciencia y la técnica albacetenses». Bol. *Información.* Cultural Albacete, n.º 10. 1987.

SÁNCHEZ TORRES, FCO. J.: *Apuntes para la historia de Albacete,* 1898.

SANTAMARÍA CONDE, A. y GARCÍA, L. G.: «Alonso Carbonell» y «Francisco Jareño y Alarcón» (se indica bibliografía) en el *Catálogo de la Exposición «Albacete, tierra de encrucijada»,* celebrada en Madrid en 1983.

344

D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins

1871.

Fotografía de Julia, Madrid.

Alto: 15'5 cm., ancho: 11'5 cm.

Propiedad particular, Madrid.

Fotografía original realizada al Marqués cuando tenía 63 años.

J.S.F.

345

D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins

1881.

Litografía.

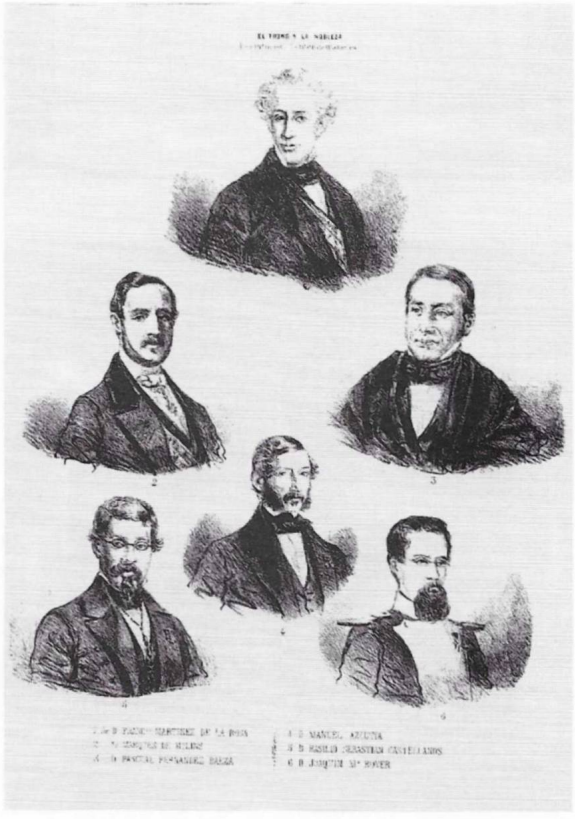
INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES.

Don Mariano Roca de Togores y Carrasco, Marqués de Molins y Vizconde de Rocamora, era hijo del Conde de Pinohermoso y de la Condesa de Villaleal. Nació por especiales circunstancias familiares en la casa número 3 de la calle de la Feria. Fue Literato, Político y Diplomático, y murió en Lequeitio (Vizcaya) el 4 de septiembre de 1889. Aunque criticado duramente como literato por Azorín, se le puede considerar un personaje interesante dentro del mundo cultural y literario en el Romanticismo del siglo XIX. Quizás sus obras más importantes sean el drama histórico «Doña María de Molina» y «La manchega», auténtico cuadro costumbrista.

Como político, dentro de la línea conservadora, desempeñó las carteras de los ministerios de Comercio, Instrucción y Obras Públicas. Fue constante defensor de la Casa de Borbón y uno de los artífices de la Restauración de 1874. Como Diplomático, hay que señalar su papel de embajador en Roma, París, Londres, y el Vaticano. En ocasiones sufrió algunos destierros a causa de los cambios políticos.

El grabado recoge con fidelidad la expresión y rasgos físicos del Marqués de Molins. Seguramente se utilizó como modelo una fotografía bastante anterior a la fecha de realización de la litografía.

L.G.S.B. y J.S.F.



346

Fotografía dedicada de Dña Emilia Pardo Bazán

Fotografía en sepia con marco original.

Alto: 9 cm., ancho: 6'8 cm.

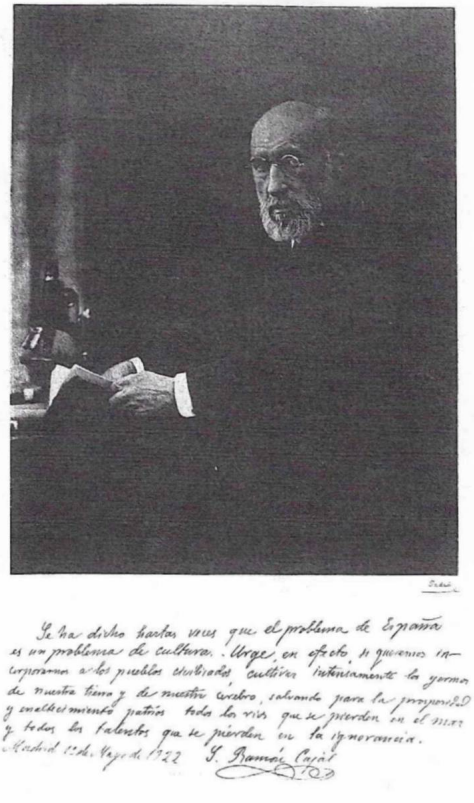
Foto L. Aguilar, Madrid.

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALBACETE.

Con motivo de la visita de Dña Emilia Pardo Bazán a Albacete a fin de colocar la primera piedra a un ambicioso monumento a Cervantes, la ilustre escritora gallega regaló y dedicó al Ayuntamiento de Albacete esta fotografía muy del gusto de la época.

Catálogo de la expo. Albacete, 600 años, 1982: núm. 275.

L.G.S.B.



347

Fotografía de D. Santiago Ramón y Cajal

Fotografía en blanco y negro.

Alto: 36 cm., ancho: 28 cm.

D. Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) fue catedrático en Valencia, Barcelona y Madrid. En 1889 asistió en Berlín a las sesiones de la Sociedad Anatómica Alemana donde presentó sus trabajos y descubrimientos acerca del tejido nervioso, y anunció su teoría de la neurona. Por su labor investigadora le fueron concedidos numerosos honores y premios, entre ellos el premio Moscú (1900) y Nobel (1906). Su extensísima obra escrita se caracteriza por la profundidad científica y el claro estilo literario.

J.S.F.

348

Diploma de inauguración de las tres primeras salas del Museo Arqueológico

1927.

Pergamino.

Alto: 25 cm., ancho: 32'5 cm.

MUSEO DE ALBACETE.

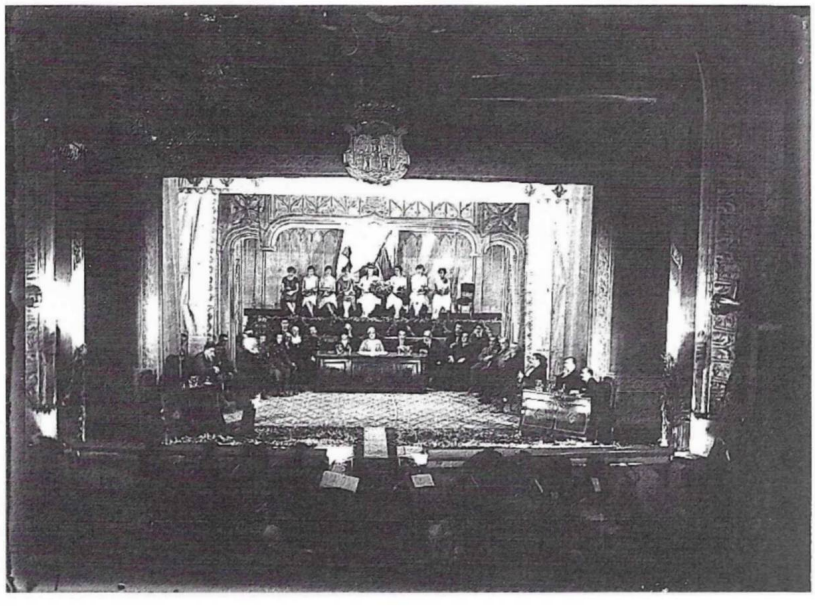
El texto conmemora la apertura del Museo al público en 1927, ubicándose entonces en la planta tercera del Palacio de la Diputación Provincial:

«Comisión Provincial de Monumentos / con la Protección de Don Juan Anto/nio Ciller y Guijarro, presidente / de la Excma. Diputación de Albacete se / inauguraron las tres primeras salas / de este museo el 22 de junio de 1927 / Albacete 23 de junio de 1927 / El Presidente (rubricado). El Secretario (Rubricado)».

J.S.F.

349

Juegos florales en 1932



Fotografía.

ARCHIVO INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES.

En el Teatro Circo, inaugurado en 1887, se celebraron los Juegos Florales de 1932, cuyo mantenedor fue D. Miguel de Unamuno, y cuya crónica fue glosada en 1985 en «La Seda» por D. José Prat: «En 1932 o 1933, mi querido amigo, el ilustre abogado Matías Gotor, me encargó invitar a Don Miguel de Unamuno para que actuara de mantenedor en los Juegos Florales de aquella feria organizados por la Asociación de la Prensa...

«En su discurso de Albacete, que no escribió, y que no creo que se conserve taquigráfico, al lado de sugestivas y originales ideas dijo no pocas cosas injustas y burlonas... La decepción del público fue inevitable...».

BRAVO CASTILLO, 1986: 6 albacetenses ilustres. Albacete, pág. 191.

R.S.G.

DOS PRODUCTOS TRADICIONALES: EL AZAFRÁN Y LA CUCHILLERÍA

José Sánchez Ferrer

DESDE el primer establecimiento permanente sobre el llano albacetense, la población ha orientado sus formas de producción hacia la agricultura y la ganadería y ambas han constituido las actividades económicas tradicionales esenciales. Sus productos básicos a lo largo de la historia siempre han sido los cereales (trigo, cebada, centeno y avena), la vid, el azafrán y el ganado ovino. A ellos pueden añadirse los procedentes de la cuchillería.

La cerealicultura, con sus dos vertientes de cereales panificables y cereales forrajeros, proporciona una característica fundamental de la personalidad económica y etnológica del municipio. El trigo dio lugar a la aparición de esas industrias seculares que eran los molinos, tanto de viento como hidráulicos. Estos últimos estuvieron emplazados en corrientes de agua tan familiares para el albacetense como el río Júcar (La Marmota, Cuevas Yermas y Los Frailes) y el Canal de María Cristina. Luego fueron siendo sustituidos por las fábricas de harinas que también han figurado íntimamente ligadas a la imagen de Albacete. La cebada y los otros granos-pienso alimentaron a una buena parte de la cabaña ganadera.

Junto a la harina, la uva, que da lugar a otro producto entrañable de esta tierra: el vino. La espiga y la bota, como la llanura, son marcas de identidad de lo albacetense. Finalmente, una rosa violácea, la del azafrán, y la cuchillería, ésta artesanal y urbana, completan el cuadro de la producción tradicional. A las dos últimas, las más genuinamente albacetenses por ser más restringidas y señalizadoras, dedicaremos nuestra atención.

EL AZAFRÁN

José Sánchez Ferrer

EL azafrán es una planta perenne del género *Crocus* cuyo origen se atribuye a oriente. De ella se aprovechan los estigmas de la flor, que son propiamente el azafrán.

La medicina popular lo ha considerado tradicionalmente como regulador del flujo menstrual de la mujer y a dosis muy altas se le reconocía propiedades abortivas. También formaba parte en la preparación de diversos bálsamos, aunque la mejor propiedad era su acción estimulante suave del apetito.

Hoy se utiliza en algunas especialidades farmacéuticas y como materia colorante en las industrias textil, química y alimentaria. Además, su uso, de siempre, tiene relación con lo culinario ya que proporciona a los guisos un sabor y aroma peculiares.

Aunque apenas conocemos noticias sobre el azafrán en el término de Albacete, sabemos que era un producto que se cultivaba y comercializaba desde antiguo y que la regulación de su cogida figuraba en las ordenanzas municipales.

Del siglo XVI, Alfonso Santamaría documenta un testimonio al respecto. En una sesión del concejo celebrada en marzo de 1556 se hace alusión a un pleito entre el arrendador de la sisa vieja y «*... los que cogen açafran de sus cogidas...*» sobre si éstos estaban o no obligados a pagar el tributo de estos frutos. Consultada la ordenanza, se aclaró que no debían abonar sisa vieja de sus cosechas ni de sus ventas porque la carga recaía sobre «*....red e carneçeria e pescaderia e no sobre tiendas e no sobre las cogidas de los vecinos...*».

Las *Respuestas Generales* del Catastro de la Ensenada que Albacete contestó en 1755, nos informan que por entonces los azafranales eran una porción muy pequeña, el 0'17%, de las tierras de secano del término, lo que representaba sólo el 0'14% del total

de la superficie agraria. De los 468 almudes que se dedicaban al cultivo del azafrán, 52 eran de primera calidad y los 416 restantes, de segunda. Esta misma documentación indica que la cebolla que proporcionaba un almud de tierra de primera calidad necesitaba veintiocho fanegas para su cultivo y producía cuarenta y dos libras. Si la tierra era de segunda, solamente daba para veintidós fanegas con una producción de veintidós libras. La libra de azafrán en verde tenía un valor de once reales de vellón, mientras que la del purificado era de cincuenta y cinco.

Este producto, como todos los frutos y ganados, estaba gravado con impuestos directos. Concretamente, se pagaba diezmo, pero mientras que del resto de los frutos se debía entregar a la Iglesia la décima parte del producto bruto de la cosecha, en el caso del azafrán sólo se daba la dieciseisava parte de lo obtenido. Sin embargo, no debía estar sometido al pago de primicia ni al del voto de Santiago ya que al primero solamente se contribuía cuando el cosechero hubiese alcanzado el mínimo de siete fanegas y al segundo cuando era de diez, cantidades que no se producirían de azafrán.

Encontramos muchas referencias, aunque muy escuetas, a este cultivo en todos los numerosos tratados y diccionarios que se publicaron a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Su sistemática mención prueba que era uno de los productos característicos del concejo albacetense.

En la primera mitad de la última centuria mencionada se registró un alza considerable en la producción porque cuando se procedió al apeo, deslinde y amojonamiento de la demarcación noval constituida en 1805, a raíz de la construcción del Canal de María Cristina, los azafranales fueron uno de los cultivos que aumentaron su superficie y porque con la obra se puso remedio a las crecientes pérdidas de las cosechas que en 1802, por ejemplo, significaron dos mil fanegas de sembradura de las cebollas destinadas a la producción de azafrán.

De la segunda mitad del siglo XIX conocemos más datos gracias a los trabajos de Carlos Panadero. Según este investigador, en un marco agrícola tan extensivo como era el albacetense, con claros desequilibrios ante la propiedad de la tierra, necesariamente tenía que desarrollarse un cultivo «social» que amortiguara la conflictividad. Este papel lo desempeñó el azafrán, que así adquirió tanta raigambre popular como para que se desarrollaran unos elementos etnológicos capaces de crear un folklore propio y característico.

Este cultivo, que ocupaba entre el 1 y el 2% de la agricultura de secano, permitía complementar la subsistencia de gran número de familias de condición popular y se realizaba en pequeñas explotaciones arrendadas, normalmente, por cuatro o cinco años. Por ello, la caída de los precios, como sucedió a partir de 1845, reducía los ingresos de estos grupos y provocaba claras connotaciones sociales.

El azafrán constituía uno de los productos especializados, los otros eran los cereales y la cuchillería, de la exportación del municipio. Prácticamente se vendía la totalidad porque era casi nulo el consumo interior. Según un interrogatorio de 1848, el mercado principal era Valencia.

A lo largo del primer tercio de nuestro siglo, el azafrán sigue siendo el producto de exportación más importante. La tierra que a su cultivo se dedicaba continuaba siendo

insignificante, el 0'2% de la superficie total, poco más que la empleada en 1755. Se mantuvo la tradición de su explotación en pequeñas parcelas de secano a las que se dedicaban muchas horas de trabajo, aunque era posible conseguir a cambio un valor alto en el mercado.

Conservó el destacado papel complementario anterior en la economía de los pequeños propietarios y en el mundo laboral agrario, al posibilitar horas de trabajo para su recogida y transformación.

En las últimas décadas se han dedicado unas quinientas hectáreas a su cultivo divididas en numerosas unidades de producción. Según Miguel Panadero, en 1970 se obtuvieron cuarenta y siete quintales, con un valor de más de treinta y siete millones de pesetas. El precio del azafrán está sometido a fuertes fluctuaciones según la producción. En la temporada 1966-67, la libra se pagó a nueve mil pesetas; en la campaña siguiente, a seis mil quinientas; y en 1970, entre cuatro y cinco mil pesetas. A partir de este año comenzó a subir el precio, aunque se mantuvieron las fuertes oscilaciones. Esto hace que las superficies destinadas a su cultivo no sean estables e, incluso, se teme por su posible desaparición futura. Hoy se paga la libra a más de cincuenta mil pesetas.

Actualmente, la demanda ha disminuido bastante con respecto a épocas anteriores. No obstante, sigue representando una riqueza para el municipio. El azafrán que se cultiva es del denominado tipo «Mancha», el de más alta cotización por ser el más puro y apreciado. Según Sánchez Sánchez, su comercio, antes canalizado por la Lonja de Valencia, se ha dispersado entre comerciantes y almacenistas que lo preparan y disponen para la venta y la exportación. Gran parte de la producción se vende al extranjero, fundamentalmente a Francia, Suiza, Alemania, India y Pakistán.

Las explotaciones de regadío duran cuatro años, las de secano proporcionan solamente dos cosechas. Después no puede repetirse el cultivo hasta que no han pasado 15-20 años. Por ello, este trabajo sigue realizándose como complemento de otras actividades.

Es una especie poco exigente en cuanto a suelos y climas pero su proceso de cultivo es laborioso. Tras él, hacia finales de octubre, se realiza la recolección de la rosa. Las flores van apareciendo de madrugada día tras día, hasta cinco o seis por cada «grillón» de los tres o cuatro que tiene cada bulbo. Deben recogerse muy temprano pues el sol las marchita rápidamente. A media mañana comienza la monda de la rosa en la que se van arrancando los estigmas, cuyo conjunto constituye el azafrán crudo, que se van depositando en un recipiente de barro.

En el estudio de Sánchez Sánchez se pone de manifiesto que los rendimientos se han elevado de 3-4 kilogramos por Ha. en la década de los cuarenta hasta 9'2 (media del quinquenio 1967-72), llegando a 12 en la temporada 1971-72. En el regadío el rendimiento suele ser el doble. La relación peso de rosa/peso de azafrán puede establecerse en unos 11 kilogramos de la primera para obtener unos 25 gramos del segundo.

Tras la monda hay que tostar, para desecarlo, el azafrán. La labor es delicada y decisiva y de ella depende la calidad y conservación del producto. En esta operación el peso se reduce a la quinta parte, lo que explica la equivalencia entre azafrán crudo y tostado.

Tras su conveniente protección, la cosecha está lista para la comercialización.

Bibliografía

Se puede encontrar información sobre el azafrán en el municipio de Albacete en:

FUSTER RUIZ, F.: *Aspectos históricos, artísticos, sociales y económicos de la provincia de Albacete.* Valencia, 1978.

PANADERO MOYA, C.: *Historia de Albacete y su Caja de Ahorros (1833-1985).* Albacete, 1986.

PANADERO MOYA, M.: *La ciudad de Albacete.* Albacete, 1976.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J.: *Geografía de la provincia de Albacete.* Tomo II. Albacete, 1982.

423

Cesto

Hacia 1970.

Esparto.

Alto: 24 cm., long.: 65, ancho: 28 cm.

DEPÓSITO GRUPO DE DANZAS ABUELA SANTA ANA.

Cesto provisto de un asa central, con la mitad de la boca cubierta por una tela, que utilizan las «roseras» para la recogida de las flores del azafrán.

J.S.F.

424

Tostadera

Hacia mediados del siglo XX.

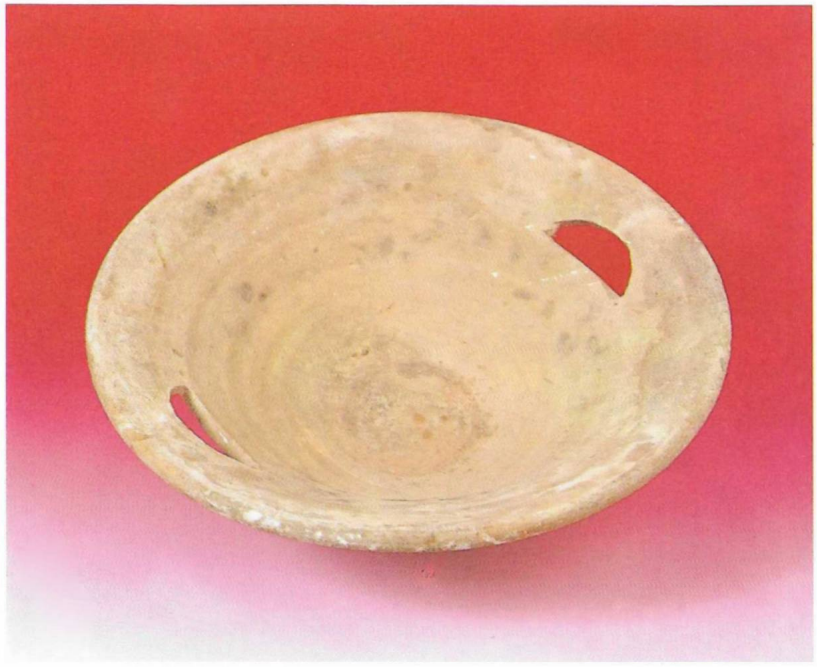
Cerámica.

Alto: 10 cm., Ø borde: 33'5 cm.

DEPÓSITO GRUPO DE DANZAS ABUELA SANTA ANA.

Recipiente troncocónico de boca ancha, con vaciados semicirculares para ser utilizados como asas, usado para «tostar», desecar, el azafrán. Las brasas se depositan en el fondo y sobre la tostadera se deposita un cedazo con los estigmas.

J.S.F.



425

Cedazo

Época actual.

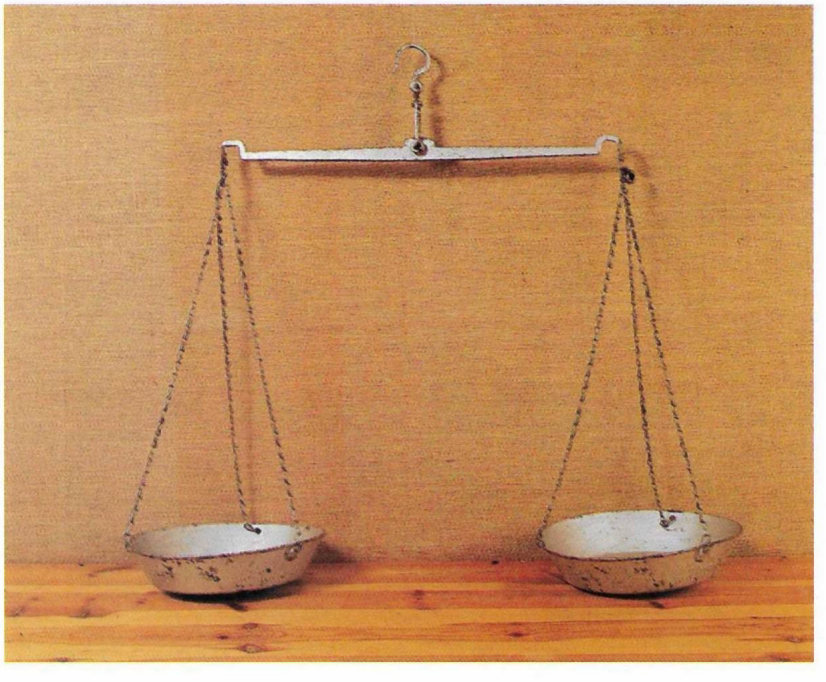
Madera e hilo sintético.

Alto: 12'5 cm., Ø: 31 cm.

DEPÓSITO GRUPO DE DANZAS ABUELA SANTA ANA.

Criba con tamiz extremadamente fino que se utiliza para colocarlo encima de la tostadera, en la operación del desecado del azafrán. Los estigmas de la flor depositados en el interior reciben a través del tamiz el suave calor procedente de las brasas, y van perdiendo parte de su humedad.

J.S.F.



426

Balanza

Hacia 1970.

Hierro.

Alto: 78 cm., ancho: 87 cm., esp.: 29 cm.

DEPÓSITO GRUPO DE DANZAS ABUELA SANTA ANA.

Balanza de dos brazos iguales con fiel y gancho para colgar por el centro, y dos platillos. Utilizada para pesar el azafrán.

J.S.F.

427

Juego de pesas de azafrán

Siglo XIX. 1896.

Hierro.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Está constituido por cuatro piezas: una de libra y tres de ocho, cuatro y dos onzas respectivamente. Los ponderales están contrastados por el Ayuntamiento con el escudo de Albacete, tres torres y un murciélago. En la pieza de dos onzas sólo aparece el murciélago. Posee dos parejas de iniciales, «M. G.» y «T. F.». La primera corresponde al herrero albacetense Melitón García. Se ignora a quién puede referirse la segunda.

Cat. expo. Albacete, 600 años, 1982: n.º 276.

L.G.S.B.

428

Juego de pesas para azafrán

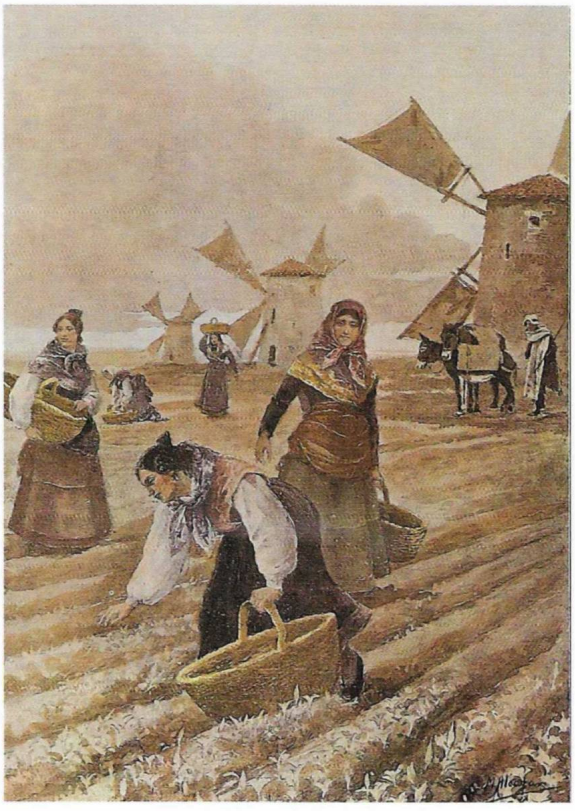
Finales del siglo XIX.

Hierro y cobre.

DEPÓSITO GRUPO DE DANZAS ABUELA SANTA ANA.

El segundo juego de pesas que se expone está formado por cinco ponderales y dos monedas. Las dos piezas mayores, de dieciséis onzas (= 1 libra) y ocho onzas, tienen el peso indicado con marcas circulares. Las tres menores, de cuatro, dos y una onzas, lo tienen por medio de incisiones triangulares. Las dos monedas equivalen al peso de media onza. La pesa de una libra está contrastada, pero no pueden apreciarse los caracteres.

J.S.F.



429

La recolección del azafrán en la Mancha

M. Alcázar.

Principios del siglo XX.

Papel cromolitografiado.

Alto: 31 cm., ancho: 22'5 cm.

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES.

Litografía coloreada con dibujo de M. Alcázar que representa la recogida de la rosa del azafrán al amanecer. El atuendo de las mujeres y la incorporación de los molinos proporcionan el ambiente folklórico y costumbrista tan característico de la época.

J.S.F.

LA CUCHILLERÍA

José Sánchez Ferrer

NO se ha distinguido el municipio de Albacete por su importancia manufacturera e industrial, con la excepción de la fabricación de navajas, cuchillos y tijeras. Por lo poco que conocemos al respecto, sus talleres medievales respondían, en líneas generales, al modelo característico de la época para cualquier población de su entidad. En función de la economía existente, en la que primaba el autoabastecimiento, el concejo procuraba disponer, en número y especialidad, de los artesanos necesarios para cubrir sus necesidades. Así, encontramos referencias documentales de gremios de carpinteros, zapateros, curtidores, tejedores, herreros,... como era habitual en las villas medievales y modernas, cuya existencia se refleja en los topónimos de muchas calles de la ciudad como «Albarderos», «Herreros», «Zapateros», «del Tinte», etc.

Entre ellos figuraban, sin que sepamos cantidad e importancia, los espaderos y cuchilleros. Sobre estos artesanos tenemos algunas noticias como la que da Martínez Carrillo de un Alfonso Fernández de Albacete, cuchillero, que se marchó a Murcia, en donde vivía en 1407, y la que proporciona Pretel María de un moro, Feda, también cuchillero, que vivía en Albacete a mediados del siglo XV. Otros testimonios que han llegado a nosotros no tienen solidez alguna. Sánchez Ramos, en una publicación de 1945, indica, sin citar fuente alguna, que ya en el siglo XV la cuchillería albacetense se conocía en Europa, aserto que parece, cuanto menos, exagerado. Y no hablemos de un estudio de 1958 sobre la estructura económica de la provincia; en él se asegura que esta industria era la más antigua de nuestro país y, quizás, la primera del mundo.

A la vista de la escasas noticias documentales que hasta ahora conocemos, tenemos la impresión de que la existencia de los primeros cuchilleros y espaderos albacetenses no tenía aún, al menos por su número, una especial relevancia. Sin embargo, por entonces ya eran importantes los gremios de estos oficios en Zaragoza, reino de Valencia, Barcelona y, probablemente, Toledo y Sevilla.

No hay, pues, datos sobre el origen medieval de la cuchillería como actividad destacada en Albacete. Hermosino Parrilla, en el manuscrito de hacia 1765 que se conserva en la Colección Vargas Ponce de la Real Academia de la Historia, y Merino Álvarez, en una obra de 1915, afirmaban, sin indicar tampoco las bases documentales, que los albacetenses heredaron de los musulmanes la fabricación de armas blancas cortas. Es posible, pero no conocemos testimonios que pueden confirmar este hecho. Diversos autores lo aceptan así porque en piezas posteriores aparecen grabadas decoraciones islámicas. Sin embargo, otros investigadores cuestionan el carácter musulmán de esta ornamentación.

Creo que no hay que descartar esta hipótesis, a la que añadimos la consideración de que los primeros talleres estuviesen relacionados con los de Chinchilla (otro de los centros cuchilleros importantes de nuestra provincia) teniendo en cuenta que ésta fue una plaza islámica de cierta importancia, que tras la conquista cristiana mantuvo población mudéjar y que ejerció dominio sobre Albacete durante sus primeros tiempos. Desde la época islámica, Chinchilla poseyó una artesanía de tapices, alfombras y alfarería que irradió a otros lugares; lo que pudo ocurrir con la cuchillería hacia la, por entonces, su aldea. La decadencia chinchillana, primera mitad del siglo XVI, pudo hacer que en Albacete, en pleno auge, se conservara y desarrollase la actividad.

Del siglo XVI conocemos, igualmente, pocos testimonios sobre el tema que nos ocupa. No obstante, y aunque no se conservan ordenanzas, hay algunas referencias que pueden indicar ya cierto desarrollo.

En 1526, Carlos I dictó una pragmática en Toledo, ante una reclamación formulada por Francisco Villena, vecino de Albacete, mandando que a todos los que correspondiese llevar armas pudieran llevar también puñal. Esto fue interpretado por Quijada Valdivieso como indicador de la existencia de una artesanía de este tipo con cierto grado de implantación que se vio favorecida por la orden real. Otro testimonio indirecto de la existencia de estos menestrales en la villa nos lo proporciona un reparto de alcabalas en 1556 en el que figura una partida a nombre de «*...un cuñado del guchillero...*».

De esta centuria ya conocemos nombres de artesanos. Sánchez Jiménez menciona dos maestros espaderos que trabajaron a mediados de siglo. Uno fue Cristóbal Díaz, del que se tiene una referencia documental de hacia 1558, el otro se llamaba Juan Ramos, del que se sabe que murió en Albacete en 1570.

Quijada Valdivieso nos suministra otros datos. Este autor menciona que en un reparto de alcabalas de 1572 figura un Diego Torres, cuchillero, con domicilio en la calle de la Carrasca, y que en otro efectuado en 1586, éste para combatir la langosta, aparece un Juan Grueso, cuchillero, con residencia en la calle Juan Zapata.

Sobre maestros moriscos solamente conocemos una noticia pero en ella no se mencionan nombres. Nos la proporciona Santamaría Conde en un trabajo sobre los granadinos deportados a la villa de Albacete en el último cuarto del siglo. Entre ellos aparecían ocho herreros, pero únicamente uno de ellos era cuchillero.

De esta época son las más antiguas obras que se conocen. Una es de cronología y procedencia seguras. Según Sánchez Jiménez, se encontraba en el Museo Arqueológico de Albacete y consistía en unas pinzas de tocador, de labor fina y cuidada, labradas por un maestro llamado Torres, que pudo ser el citado anteriormente. Esta pieza tenía dos

inscripciones grabadas: «TORES ME FECIT. EN ALBAZETE» en una de las zancas, y «PARA DOÑA ANA. ANNO DE 1573» en la otra.

Rico y Sinobas atribuía a este período y a la villa unas tijeras de su colección de forma apuñalada, con brazos obrados a forja y lima y con figurillas de perrillos en los extremos de sus anillos ovales.

Del siglo XVII tenemos más noticias y se conservan numerosas piezas, lo que parece significar que por entonces Albacete ya contaba con una importancia manufactura de cuchillos, espadas, navajas y tijeras, cuyos talleres, según varias referencias, estaban situados al norte de la población, en el suburbio de San Antón. Quizás al principio fuera San Antonio el patrón de la cofradía pero si fue así, debió cambiar de advocación porque Sánchez Jiménez publicó una medalla en la que se alude a su pertenencia al gremio de cuchilleros y que por la alegoría grabada —un jarrón con azucenas— estaba bajo la protección de la Inmaculada Concepción, antes de la proclamación de este dogma.

Del maestro Torres se conocen un raspador para borrar de 1609 y unas tijeras fechadas en 1612 que se guardaban en el Archivo de los Duques de Medinaceli.

Sobre espaderos conocemos dos noticias. Una de ellas la recoge Hermosino Parrilla y se refiere a Blas Martínez, espadero de Albacete, en quien se obró un milagro de la Virgen de los Llanos el 5 de mayo de 1632. La otra aparece en un protocolo notarial de 1665 por el que Diego Mañas entregaba a su hijo Juan como aprendiz al espadero albacetense José de Arias.

Del año 1659 son unas tijeras de otro maestro, Matheo Gómez. También en la segunda mitad de la centuria trabajaba Pedro Vicen Pérez, artesano que a finales del reinado de Carlos II se titulaba artífice real, como aparece en un ejemplar de 1699, y que tuvo uno de los talleres de los que se conservan más piezas, distinguiéndose éstas por su delicadeza.

En el último cuarto de siglo y, seguramente, también a principios del siguiente, trabajó el cuchillero Antonio Ximénez, otro maestro del arte de la forja, lima y grabado. De él conocemos un contrato que firmó el 16 de enero de 1691 con Bartolomé Sánchez, vecino de Chinchilla. Éste le entregaba a su hijo, Juan Gutiérrez, como aprendiz durante ocho años.

Los términos del acuerdo responden plenamente, como en los demás que se citan en este trabajo, a las características del sistema gremial de origen medieval. Es decir, el maestro se obligaba a enseñar el oficio al aprendiz, a la vez que lo mantenía y le proporcionaba vestido y calzado. Por su parte, el aprendiz debía obedecer y servir a su maestro. Transcurrido el tiempo previsto y alcanzado el grado de oficial ya podía cobrar un suelo o abandonar el taller. En su despedida se le entregaba un traje de la tierra.

Igualmente pertenece a esta época de transición de siglos Joseph Alcaraz, autor de la singular «navaja-dinamómetro», fechada en 1697, que se muestra en la exposición.

Con cronología más confusa aparece un tal Gutiérrez, cuchillero chinchillano relacionado con Albacete, del que no sabemos si será el aprendiz anteriormente citado o un maestro homónimo.

De la decimoctava centuria los testimonios documentales y las obras artesanas son abundantes. Es, sin duda, una época esplendorosa de la cuchillería albacetense. Para Martínez del Peral, son Albacete y Solsona los únicos centros que mantienen, al menos hasta mediados de la centena, un alto nivel de desarrollo productivo y artístico en un siglo en el que los gremios, los de cuchillería entre ellos, empezaban la decadencia y poblaciones renombradas por los talleres de este tipo, como Toledo, estaban en aguda crisis. No sabemos en qué medida la prohibición de armas blancas decretada por Fernando VI en 1748, que luego reiteró Carlos III, afectaría a esta manufactura albacetense pero, probablemente, la producción de navajas, puñales y cuchillos debió resentirse fuertemente.

De 1700 conocemos el contrato de otro aprendiz de cuchillero. Antonio Portilla ponía a su sobrino, Alfonso Vázquez, durante cinco años bajo el cuidado y la enseñanza de Domingo Cebrián, maestro cuchillero.

Sánchez Jiménez da noticia de Julián Vicen (?) que trabajó a principios de siglo y fue honrado con el título de cuchillero de Felipe V.

En la primera mitad del siglo XVIII obraron Pedro Díaz, de quien se conservan tijeras de bella ornamentación, como la que perteneció a la colección Rico y Sinobas, fechada en 1733, y el maestro Ximénez (¿el mismo citado anteriormente?), tijerero de cuyo taller se conservan numerosos ejemplares.

En los años centrales, labraron sus piezas León, autor de unas grandes tijeras con numerosos adornos que se guardaban en la colección anteriormente citada, Castellanos (El Viejo), maestro que por sus caracteres estilísticos está relacionado con Pedro Díaz, quien tal vez fuese su maestro, y Arcos.

De la segunda mitad también se conocen noticias y objetos de diversos artesanos. Hay un testimonio de 1769 sobre el maestro Romero y otro algo posterior que pone de manifiesto que en 1771 trabajaba Juan Sierra al que se le supone discípulo de Castellanos el Viejo. De esta época fue Garijo, menestral al que se le atribuye el título de cuchillero real porque una de sus tijeras conservada está marcada con dos escudetes coronados y en el centro una G invertida. Sánchez Jiménez afirma que era cuchillero de Fernando VI y Carlos III.

También sabemos la existencia de por entonces de un maestro casi anónimo del que se tienen noticias por unas tijeras pequeñas, para labores delicadas de señora, que tienen grabadas en el plano interior de una de las cuchillas las letras «CEL».

A finales de siglo y, probablemente, en los comienzos del XIX, tiene taller otro maestro asimismo apellidado Castellanos (El Mozo). Por los brazos calados de sus tijeras se le relaciona con el tijerero Juan Sierra y se le supone hijo del Castellanos citado antes. En sus obras se aprecian diferencias con respecto a la antigua cuchillería de Albacete, especialmente en unas tijeras de 1791, por la influencia de las tendencias artísticas de la época.

Finalmente, se conoce otro artesano que cierra siglo, Vigatri. Fue el autor de una cuchilla para partir turrón o picar tabaco fechada en 1763.

En el último tercio del XVIII, Hermosino Parrilla escribe, refiriéndose a Albacete, que *«...es zelebrada la obra de Cuchilleria que se fabrica en esta Villa, ignorase si nace del especial temple de sus aguas, ô si de lo primoroso de sus fabricantes, lo que se sabe és, que todas las piezas son curiosas, y excelentes, tanto que en lo firme igualan a las barcelonesas, pero en lo grabado la exceden».*

En el siglo XIX son numerosos y unánimes los testimonios que indican que la cuchillería albacetense es conocida en toda España. En este sentido se manifiestan todos los informes económicos, manuales, diccionarios y libros de viajeros de ese tiempo. Muestra de ello es el libro de Alejandro Luis Laborde, citado por Carmina Useros en uno de sus trabajos, que en 1826 escribía «en Albacete fabrícanse muchas navajas y cuchillos de varias especies, calculándose anualmente al pie de 200.000 piezas».

Según Carlos Pandero, en 1829 había cuarenta y cinco cuchilleros, número solamente superado en el sector artesanal por los sastres. En 1848 existían ventiún maestros cuchilleros y trabajaban en esta actividad sesenta y tres personas, número que se había elevado a noventa y tres en 1861, entonces sólo superadas por los sastres y alarifes. Su producción cubría el mercado local y además se convertía en uno de los escasos bienes, lo que era tradicional, objeto de exportación. Así, Madoz, en 1845, menciona a los «...fabricantes de navajas, cuchillos y puñales, cuyos instrumentos muy bien trabajados, son famosos en toda España». En este sentido, Miguel Artola, al referirse a las producciones que tenían un mercado de cierta amplitud, cita los cincuenta talleres de navajas y cuchillos de Albacete.

Otros datos de Panadero sobre el sector se refieren a la cuota de contribución que corresponde en 1852 a los cuchilleros dentro del conjunto industrial de Albacete. Su participación es del 3'32%, más baja de lo que podría suponerse ya que dentro de la artesanía, está por debajo de la que tienen herreros y caldereros, sastrería, calzado y carpintería.

La última información que conocemos es de Camille Page. En su libro sobre la cuchillería recoge el dato de que hacia 1896 en la ciudad existían cinco talleres en los que trabajaban maestros en la fabricación de navajas y puñales, lo que no está en consonancia con la situación existente sólo diez años después.

Tras todo lo expuesto, podemos destacar dos características significativas en el siglo XIX. Por un lado, la indiscutible celebridad que han alcanzado los productos albacetenses; por otro, la nula referencia que se observa en todas las fuentes con respecto a las tijeras, lo que coincide con las noticias que conocemos en este sentido y la escasez de piezas conservadas. Esto nos hace pensar que estas obras maestras de nuestra artesanía dejaron de fabricarse a principios de la centuria.

En las primeras décadas del siglo XX, la cuchillería tuvo dificultades para colocar sus productos porque sus precios comenzaron a ser poco competitivos debido al aumento de los costes de los aceros extranjeros y por ser más caro el cuerno o asta empleados en Albacete para los mangos y cachas que la pasta utilizada en el exterior. No obstante, seguimos a Carlos Panadero, en 1906 existían cincuenta y tres fábricas y talleres dedicados a esta actividad, siendo las más destacadas las de Justo Arcos, López y Compañía, Sánchez Hermanos, Joaquín Zafrilla y La Industria; algunas con la incorporación del motor eléctrico. En general eran empresas de pequeñas proporciones (cinco

obreros de media) y alcanzaron una producción de treinta y dos mil docenas de unidades anuales.

Según Sánchez Sánchez, en 1913 funcionaban cincuenta y tres fábricas y talleres, entre ellos destacaban la Sociedad de Casas y Cullell, Hermanos Sánchez Flor, Ricardo Zafrilla y Juan Miguel López, con una producción semanal de cien docenas de navajas cada una. La producción total ascendía por entonces a unas treinta y tres mil docenas anuales. Parte de ella se exportaba al extranjero, donde tenía que competir con la más barata de Solingen.

Quijada escribe que en 1925 funcionaban doce fábricas, de las que daba nombre y dirección, además de varios pequeños talleres. Todos producían más de treinta mil docenas de navajas al año. Por aquellas fechas, según este estudioso de las cosas de Albacete, se registró un intento, fallido, de restablecer la manufactura de las tijeras.

Sánchez Sánchez indica que en 1930 las catorce mayores empresas cuchilleras ocupaban a cuatrocientos treinta y cuatro obreros, unos treinta y uno de media por empresa, y que ocho fábricas superaban las cien docenas semanales, alcanzando cuatro de ellas la producción de ciento cincuenta docenas de navajas cada semana. La capacidad total de todo el conjunto era de sesenta y dos mil docenas anuales pero la escasez de la demanda reducía la producción a cuarenta mil aproximadamente.

Parece ser que durante estos años previos a la Guerra Civil, se volvieron a fabricar tijeras y se añadieron las navajas de afeitar. La producción se duplicó y se abarató el producto para mejorar la comercialización a base de fabricar las empuñaduras de pasta de celuloide.

Tras la contienda bélica volvieron a la actividad aproximadamente el mismo número de fábricas y talleres que existían anteriormente pero con un predominio mayor de las industrias familiares que tabajaban con medios casi completamente artesanos. Según Juan Aguilar, en 1944 trabajaban cuarenta y siete empresas que elaboraban ciento diez mil docenas de navajas y cuchillos. Parece, pues, que tras la Guerra se desarrolló mucho esta industria en relación con la de quince años antes.

En 1953 existían sesenta y un talleres, cifra que se mantendría en la estadística oficial de 1958, aunque, a la vista de un informe de la época, funcionaban realmente unos ciento cincuenta. Según estos datos parece ser que en la época de los cincuenta, en pleno aislamiento español, la industria cuchillera se mantenía en el mismo estado, tanto técnica como comercialmente, que tenía muchos años antes.

Esta situación de estanciamiento, en la que influyó la falta de materias primas de calidad, provocó una crisis que en el período entre 1955 y 1959 se puso claramente de manifiesto: tan sólo tres talleres pasaban de diez obreros y únicamente uno tenía más de quince. Surgieron y se multiplicaron los almacenistas que se dedicaban a facilitar material a los pequeños talleres y a comprarles la producción, compitiendo así ventajosamente con las fábricas al no tener gastos sociales. Si implantó un sistema, en parte semejante al que se estableció en la protoindustrialización de los siglos XVI y XVII, en el que los artesanos se convertían en asalariados pero sin comportar al empresario ninguna responsabilidad legal en sentido laboral. Los pequeños talleres, para abaratar la producción, realizaban un trabajo a domicilio, especializado en una fase determinada

de la elaboración, a base de métodos artesanales que posteriormente se completaba con la concentración de las piezas en determinados talleres para su montado y acabado.

En 1963, seguimos a Sánchez Sánchez, se fabricaban unos cinco millones de piezas anuales. El desarrollo de tres o cuatro empresas, favorecido por la Feria Nacional de Cuchillería de 1965, dio impulso a esta industria que inició la búsqueda de nuevos mercados. En 1971, unos cien pequeños talleres trabajaban en conexión con las cinco firmas destacadas (cuatro en Albacete y una en Madrigueras) que dirigían el proceso.

En 1975 había setenta y cuatro empresas cuchilleras, siendo treinta y nueve talleres de tipo familiar. Las fábricas consiguieron una gran expansión, alcanzando una producción de más de cinco millones y medio de unidades de las que se exportaban al extranjero una pequeña parte que alcanzaba un valor en pesetas de aproximadamente un 1'5% del total.

La modernización, en cuyo ritmo de implantación han existido alteraciones motivadas por causas de diversa índole, ha dado como consecuencia una clara polarización en empresas, con neto carácter fabril y producción en serie de navajas, cuchillos y cubertería, y en talleres, quizá ya en fase residual, que continúan con procedimientos más artesanales y que siguen siendo los creadores de las piezas que han dado prestigio a la cuchillería albacetense, entre los que destaca el de los Hermanos Expósito.

La tipología de las piezas que se labraban en los talleres albacetenses podemos establecerla en: espadas, puñales, navajas, cuchillos, tijeras y, según Rico y Sinobas, lanzas. También se fabricaban otros objetos, entre ellos compases (como el de la exposición) y pinzas de tocador, como las dos citadas por Sánchez Jiménez, fechadas, unas en 1573 y las otras, más pequeñas, en 1747.

A pesar de que, como vemos, hay cierta variedad, las piezas fundamentales, las que han caracterizado nuestros talleres, han sido navajas y tijeras. Muchos de estos ejemplares forman parte de diferentes colecciones. Destacan:

• Los fondos pertenecientes a los Museos: Arqueológico Nacional, Pueblo Español, Nacional de Artes Decorativas, Instituto Valencia de Don Juan y Lázaro Galdeano, en Madrid; Metropolitano en Nueva York; y el de Albacete.

• Las muy importantes colecciones particulares de los Srs. Martínez del Peral, Donoso-Cortés y Vico Monteoliva.

Tratamos de sus caraterísticas estilísticas.

Navajas

Las hojas tenían un solo filo y se adornaban con grabados hechos a buril y a punzón o al agua fuerte, siendo frecuente la técnica mixta. Los diseños reflejaban las modas de cada época y en conjunto consistían en: líneas curvas y serpenteantes, temas vegetales y animales (aves y perrillos) más o menos esquematizados y estilizados, bolas, medias lunas, entrecruzados geométricos, etc. Se empleaban también el calado (círculos, óvalos, rombos) y las incrustaciones de latón u otros metales y pequeños espejos, recibiendo

entonces el nombre de «navajas de espejillos». A veces, en las hojas se labraban estrías pintadas de rojo.

Todo ello se podía complementar con inscripciones en las que suele figurar el nombre o marca del artesano, cronología y lugar de fabricación, y, generalmente, una leyenda o lema cuya naturaleza depende casi siempre de uno de estos casos:

• Si la navaja era de encargo, figuraba el nombre y, frecuentemente, el título del destinatario.

• Si la pieza no era de encargo, tenía alguna de las variadas frases tradicionales y pintorescas al uso que, muchas veces, estaban relacionadas con su utilidad como arma.

Las cachas, que seguían la forma curva del filo de la hoja para cubrirlo y protegerlo, podían ser de asta de toro, ciervo o cebú, hueso, pata de ciervo o cabra, madera, marfil o nácar. Estos materiales aparecían utilizados aisladamente o, más raramente, mezclados entre sí, y casi siempre combinados con elementos metálicos. Lo más frecuente es que fueran de cuerno con chapas de metal adornadas con grabados. La decoración solía consistir en motivos lineales en composiciones geométricas.

Era característico el resorte o muelle denominado de varilla cuyo objeto era el mantenimiento firme de la hoja por la presión que sobre ella ejercía la estrecha lámina de acero encajada entre las cachas. Se presentaba básicamente en dos modalidades:

• Hoja sin piñones que se mantenía por la presión del resorte sobre el borde del extremo inferior al introducirse en el rebaje del talón. Se cerraba la navaja con suma facilidad.

• Hoja con talón de varios piñones (podía tener uno solamente, aunque era poco frecuente) que, al abrirse la pieza, iban rozando el ojo del muelle, al ir alojándose dentro de él, y produciendo esos sonidos tan característicos de las navajas albacetenses —la «carraca»—. El último piñón sirve de tope y mantiene fija la hoja. Para poder cerrarla hay que separar el muelle para que deje libres los piñones. Con el objeto de facilitar esta operación, en la segunda mitad del siglo XIX se les fue incorporando la pestaña.

Los tamaños eran muy variados y las formas dan una rica tipología que, sin duda, ha ido enriqueciéndose con el paso del tiempo y en la que el diseño de las hojas y de las puntas ha sufrido transformaciones para ir especializándose en diferentes funciones. Podemos distinguir las clases siguientes:

Albaceteña, bandolera, cabritera, capaora o lengua de vaca, de fieles, de anilla, de monja, estilete, jerezana, machete, pastora, punta cortada, punta de espada, sevillana y tranchete.

El proceso de fabricación artesanal puede considerarse largo y complejo. Autores como Sánchez Jiménez y Miguel Panadero lo describen con detalle. Nosotros incorporaremos a este trabajo la síntesis que Samuel de los Santos elaboró para una de sus publicaciones sobre la navaja de Albacete: «Los útiles de los que se servía el artífice eran escasos y simples: un par de yunques, martillos de distintos pesos, pinzas de anillo, taladros (la clásica «bomba»), cinceles, cortafríos y bruñidores, un torno, un fogón de forja con fuelle

de madera y cuero, una pila para templar, piedras para afilar movidas a pie ...Lo importante era el trabajo, el complejo proceso de elaboración —unas ochenta operaciones— durante el que se forjaba, calzaba, limaba, moldeaba, templaba, recocía, afilaba y bruñía el hierro, o fundían, laminaban, modelaban, nielaban e incrustaban los otros metales. El cortado, labrado y pulimentado —todo manual— de los demás materiales complementaba en ciclo de manipulaciones hasta el resultado final de la pieza acabada. No todas las operaciones tenían igual importancia, por lo que las más delicadas —forja, realce, templado y recocido— las ejecutaban los maestros personalmente y con sumo cuidado. El temple, por ejemplo solía hacerse de noche, en el taller escasamente iluminado por el resplandor del fogón para percibir así el grado de calentamiento, cuando no soplaban vientos fríos. El tiempo de inmersión en el agua era hábilmente calculado, utilizando a veces para su regulación fórmulas y oraciones...».

Tijeras

Como ya hemos expuesto, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, se construyeron en Albacete tijeras que son verdaderas obras de arte, tanto por la manera de tratar el hierro, forja y temple, como por el diseño y acabado posterior, acicalado y grabado.

Podemos diferenciar dos grandes grupos: las tijeras de escribanía y las de oficio. Las segundas son piezas para trabajos fuertes y presentan una terminación que más las aproxima a la condición de herramientas que a la de obras de fina artesanía con la excepción de las de costura apagavelas y quirúrgicas. Estudiaremos únicamente las del primer grupo.

El mejor estudio que conozco al respecto lo ha realizado Ricardo Donoso-Cortés y en él basaremos fundamentalmente la exposición.

Estas tijeras tienen longitudes que varían de veinte a cincuenta centímetros. Las cuchillas son estrechas, apuñaladas y algunas dobladas de hierro. Suelen estar decoradas en sus zonas externas y más raramente en las interiores. La decoración principal está constituida por follaje que se mezcla con pájaros, columnillas y capiteles y otros dibujos, entre los que son frencuentes las rocallas.

En la parte superior de la mesa de cada cuchilla suelen estar grabadas leyendas. En una de ellas se indica el nombre del autor, año de elaboración y lugar de procedencia. En la otra consta, generalmente, o bien el cliente o la persona a la que se destina el objeto, con sus cargos y dignidades, o bien lemas o frases alusivas a diferentes motivaciones. Esto parece que puede diferenciar, como en las navajas, a las labradas por encargo de las fabricadas sin dueño previo.

El escudete más corriente es el de lados paralelos, aunque también aparecen ejemplares en los que presenta forma de corazón o de guitarra. Normalmente está decorado con el tema trazado en las cuchillas, e incluso, a veces, con un escudo heráldico relacionado con el destinatario de las tijeras. En otras, las menos y del siglo XVII, el escudete presenta una inscripción que se limita al nombre del artista y año de ejecución.

Los cantos de las cuchillas y del escudete no suelen ir trabajados ni grabados, como tampoco la cabeza y remache del clavillo.

Los brazos son, por lo general, abalaustrados, lisos o salomónicos, con estrías horizontales o inclinadas e incluso, raramente, con escamados y achaflanamientos. También los hay curvos, en forma de ese estilizada, acabando en dos C encaradas, o rectos y terminados como en dos pequeñas botas dirigidas en sentido opuesto o bien en dos triángulos calados. Como complemento y unión de los extremos de los brazos casi siempre hay molduras, predominantemente de sección cuadrada (en el siglo XVII de frente triangular), que permiten su encaje con el escudete y los anillos.

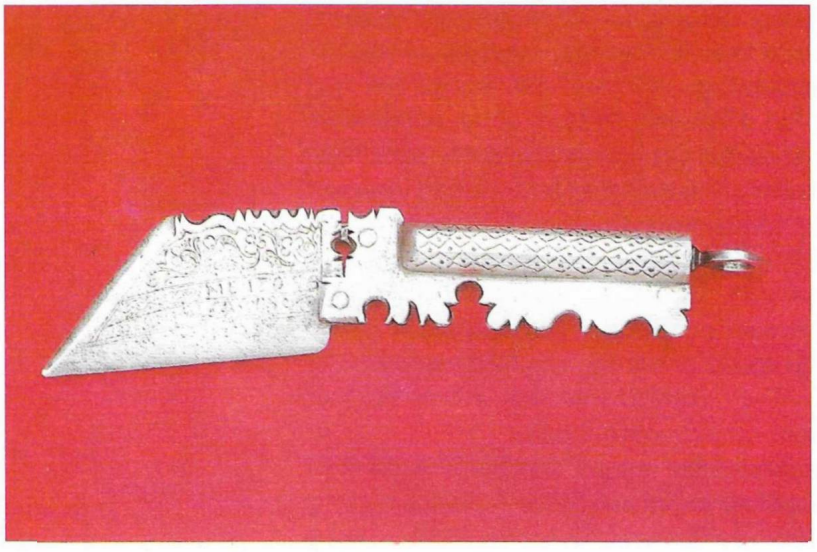
Los anillos son siempre cerrados y de forma circular u oval. En el siglo XVII es característica una ligera prolongación al lado opuesto del brazo. Este elemento va aumentando y complicando su decoración hasta convertirse, ya en el siglo XVIII, en verdaderas «peinetas» triangulares caladas.

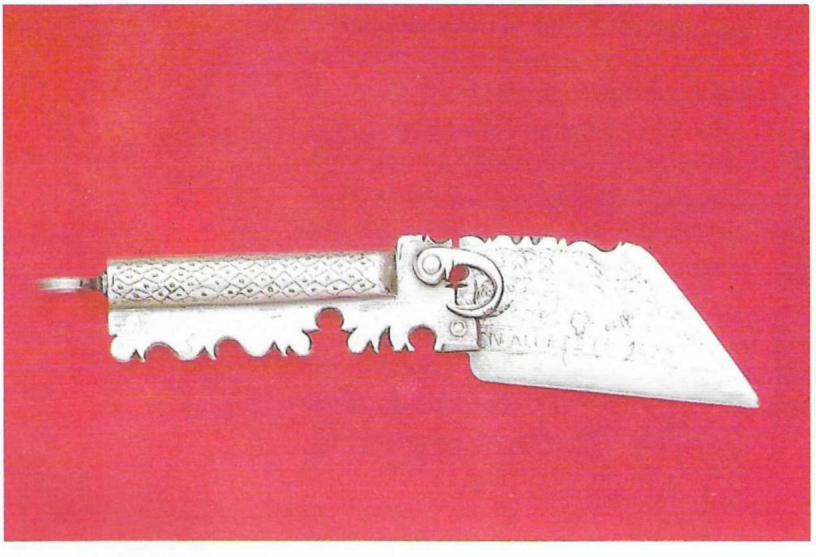
La decoración general se consigue con calados de diversas formas y con grabados. Los grabados que decoran las mesas de las cuchillas y el escudete se obtienen por burilado o por acción del ácido. Los acabados en muchas zonas se logran a base de lima.

Los taladros que completan la ornamentación de algunas tijeras tienen principalmente la forma de cruces de Santiago, corazones o letras y se realizan casi siempre en el escudete. Es frecuente en la zona que se unen los brazos a los anillos perfilar una cruz formada la mitad en cada una de las ramas de los brazos.

También se fabricaban tijeras sin leyenda, sin firma y sin fecha. Aunque tienen parecidas características poseen, sin duda, menor belleza. En este caso llevan una señal, siempre en el escudete y por ambos lados. Algunas veces aparece en la zona interior de las cuchillas. Estas marcas de artesano no han podido ser interpretadas en su inmensa mayoría.

En general, según Sánchez Jiménez, hasta el siglo XVIII las tijeras tenían lomera levantada, quizás para que fueran más resistentes, luego comenzaron a hacerse muy aplanadas con poco espesor en el metal.





430

Navaja-dinamómetro

1697. Albacete.

Joseph Alcaraz.

Hierro y acero.

Longitud: 17'8-11'5 cm., ancho hoja: 3'7, ancho mango: 2'9 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

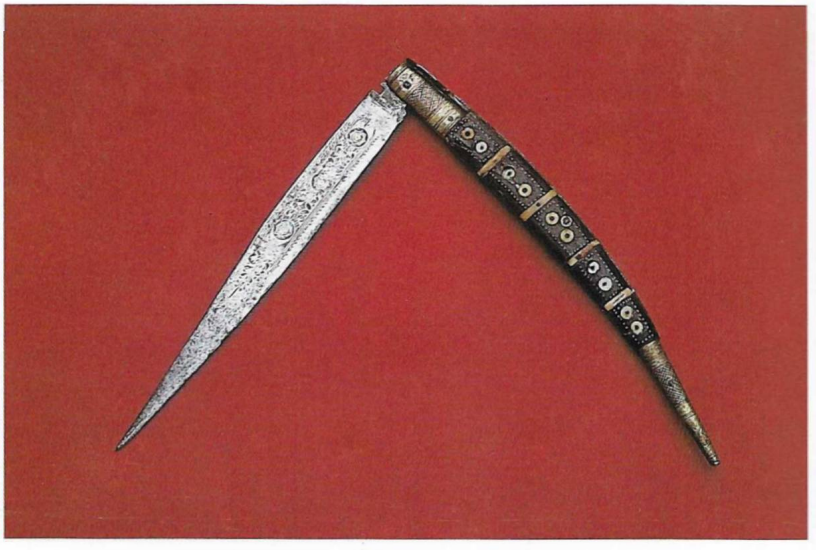
Hoja ancha de forma trapezoidal con decoración grabada en ambas caras. En una, ornamentación floral e inscripción grabada con la leyenda: ME IZO JOSEPH ALCARAZ. En la otra ornamentación vegetal, fundamentalmente de roleos, y leyenda: EN ALBAZETE. 1697. En el borde opuesto al filo se ha realizado un trabajo decorativo a base de lima.

El mango es complejo, consta de un cuerpo cilíndrico hueco donde va alojado un muelle del que pende una varilla graduada rematada en anilla; el conjunto es un dinamómetro que se completa con el gancho giratorio fijado en la parte superior del mango. El resto está formado por dos láminas metálicas caladas con trabajo de lima, que dejan entre ellas un espacio destinado a cobijar el filo cuando la navaja está cerrada. Sobre el cuerpo del dinamómetro decoración incisa romboidal. No posee ningún sistema de sujeción de la hoja abierta.

Su rareza, la complejidad de su estructura, la calidad de ejecución y su cronología dotan a esta pieza de singular valor.

J.S.F.

431



Navaja

Siglos XVIII-XIX. Albacete.

Hierro, acero, asta, hueso y latón.

Longitud: 52-28 cm., ancho hoja: 2'8 cm., ancho cachas: 2'4 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja con decoración vegetal en ambas caras. Aparece grabada en una de ellas la inscripción en cursiva: SOY DE (...)ITA LA DEFENSA DE MI DUEÑO (...). Talón de tres piñones. Cachas de asta de color negro con incrustaciones de hueso y punteados metálicos. La virola y el rebajo son de latón, con decoración incisa geométrica. El resorte es de varilla con incisiones con resto de pintura en el borde.

J.S.F.

432

Navaja

Siglo XIX. Albacete.

Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 55'5-30'5 cm., ancho hoja: 3'5 cm., ancho cachas: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja con decoración vegetal grabada en ambas caras. Cachas de asta de color marrón con incrustación metálica longitudinal trabajada en forma de cordoncillo y punteado metálico. Virola y rebajo de latón con decoración incisa lineal. Muelle de varilla al que falta la mayor parte del ojo.

J.S.F.

433

Navaja

Siglo XIX. Albacete.

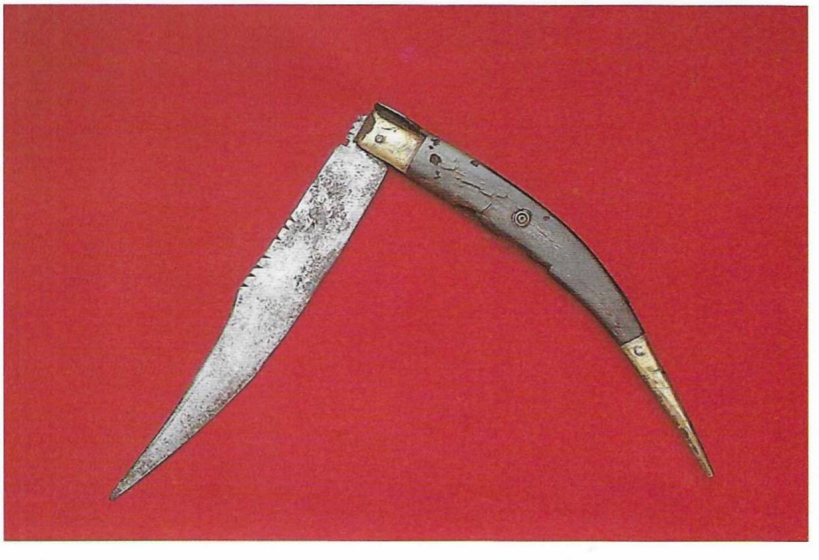
Acero, hierro, asta y latón.

Longitud: 56'5-31'5 cm., ancho hoja: 3 cm., ancho cachas: 2'8 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja con decoración vegetal grabada en las dos caras. El talón tiene triple piñón. Las cachas son de asta oscura con incrustación metálica longitudinal y decoración de puntos. El rebajo, muy desarrollado, y la virola son de latón con decoración lineal incisa. Muelle de varilla con ojo de gran anchura.

J.S.F.



434

Navaja

Siglo XIX. Albacete.

Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 50-27'7 cm., ancho hoja: 3'5 cm., ancho cachas: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja ancha con siete muescas decorativas, pintadas de rojo, en el borde superior de una des sus caras. Talón de cuatro piñones. Cachas de asta oscura. Virola y rebajo de latón con decoración burilada. Resorte de varilla.

J.S.F.

435

Navaja

Siglo XIX. Albacete.

Hierro, acero, asta y latón.

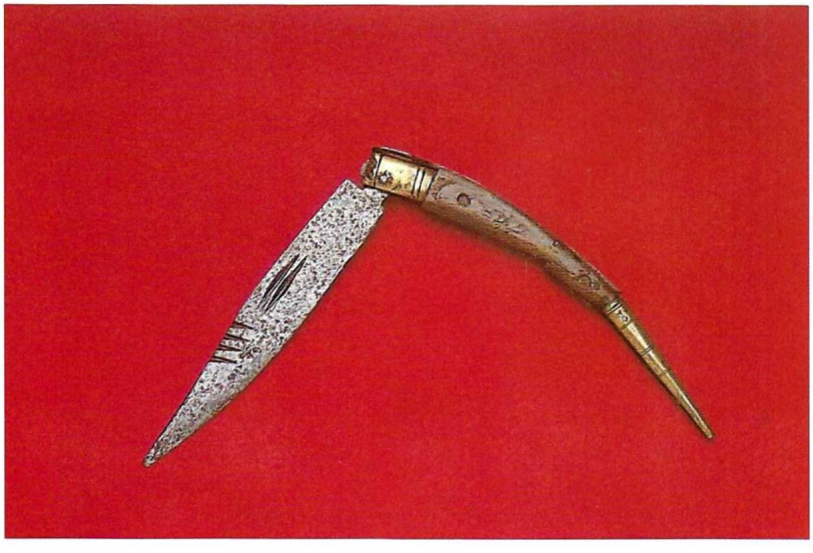
Longitud: 42-23 cm., ancho hoja: 2'8 cm., ancho cachas: 2'1 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja con decoración vegetal en ambas caras. Inscripción casi totalmente borrada. Talón de doble piñón. Cachas de color oscuro con punteado metálico. La virola y el rebajo son de latón con decoración incisa geométrica. El muelle es de varilla.

J.S.F.

436



Navaja

Siglo XIX. Albacete.

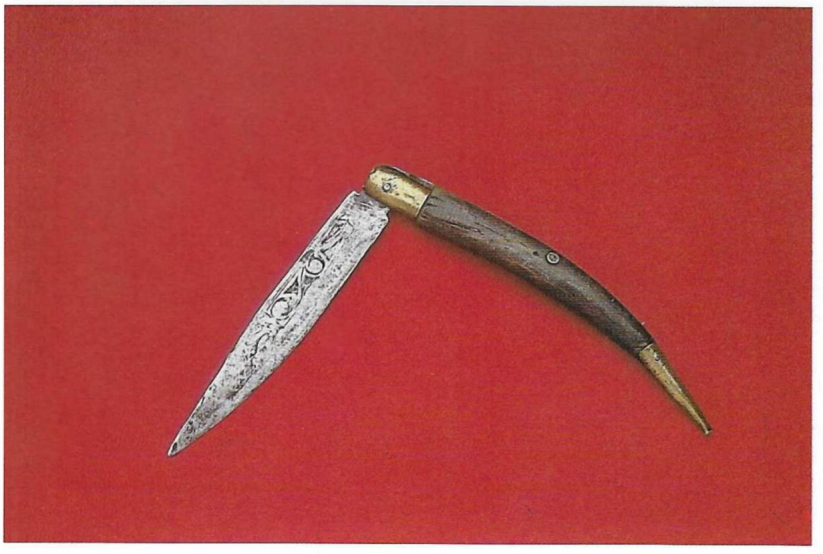
Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 43-24'5 cm., ancho hoja: 3'3 cm., ancho cachas: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja ancha con cuatro incisiones decorativas y otras dos para facilitar la apertura en una cara. Talón de doble piñón. Cachas de asta de color marrón. Vitola y rebajo de latón con decoración incisa geométrica. Resorte de varilla.

J.S.F.



437

Navaja

Siglo XIX. Albacete.

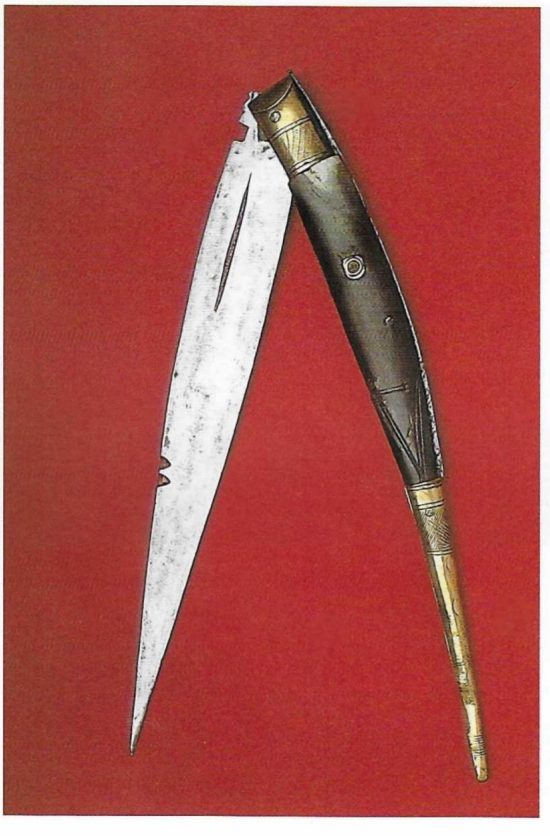
Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 41-23'5 cm., ancho hoja: 3 cm., ancho cachas: 2'5 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja ancha con decoración vegetal grabada en una cara. Talón de cinco piñones. Cachas de asta de color oscuro. Vitola y rebajo de latón sin detalles decorativos. Muelle de varilla.

J.S.F.



438

Navaja

Siglo XIX. Albacete.

Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 59-32 cm., ancho hoja: 3'7 cm., ancho cachas: 2'8 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja ancha con dos muescas en la parte superior y una hendidura longitudinal en la zona próxima al talón de una de las caras. Las tres pintadas de rojo. Carraca de tres golpes. Cachas de asta oscura con reducida decoración incisa. Virola y rebajo de latón con decoración geométrica a buril y punzón. Resorte de varilla. Es un ejemplar típico de la cuchillería albacetense.

J.S.F.

439

Navaja

Segunda mitad del siglo XIX. Albacete.

Justo Arcos Aroca.

Hierro, acero, asta y cartón.

Longitud: 65-35 cm., ancho hoja: 3'5, ancho cachas: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja con decoración vegetal grabada en ambas caras, con restos de pintura roja. En una cara, próxima al talón, la inscripción JUSTO ARCOS AROCA/ALBACETE. Talón de cinco piñones. Cachas de asta color oscuro con incrustación metálica longitudinal, trabajada a modo de cordoncillo, y punteado metálico. Rebajo muy alargado y virola de latón con decoración lineal incisa. Resorte de varilla.

J.S.F.

440

Navaja

Segunda mitad del siglo XIX. Albacete.

Probablemente Justo Arcos.

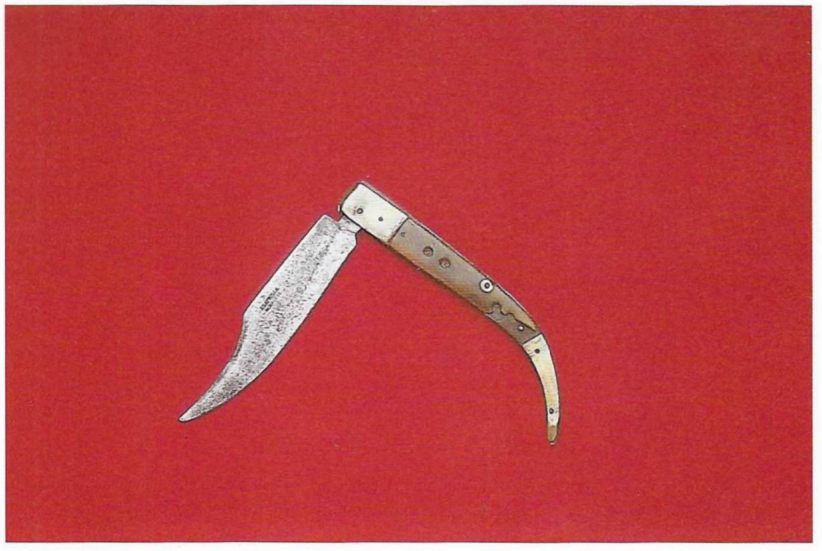
Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 49-27 cm., ancho hoja: 3 cm., ancho cachas: 2'5 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja con decoración vegetal grabada con restos de pintura roja en ambas caras. En una de ellas, inscripción de la que solamente queda (...) TO ARC (...) ALBACETE. El talón tiene cuatro piñones. La cachas de asta negra en la que hay una incrustación metálica longitudinal y decoración de punteado metálico. El rebajo, muy alargado, y la virola son de latón con un burilado lineal poco profundo. Muelle de varilla con ojo de gran anchura.

J.S.F.



441

Navaja

Segunda mitad del siglo XIX.

Joaquín Zafrilla.

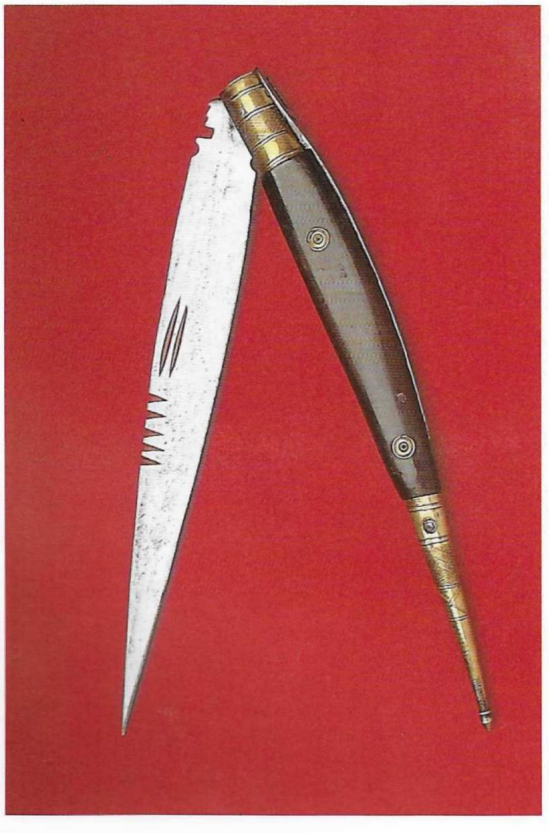
Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 32-18'2 cm., ancho hoja: 3 cm., ancho cachas: 2 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja sin decoración en una de cuyas caras aparece grabada la inscripción «J. ZAFRILLA. ALBACETE». La cachas son de asta, planas y con bordes redondeados. Están decoradas con cuatro perforaciones circulares en cada cara. La virola y el rebajo son de latón planos y lisos. El muelle es de varilla que sólo mantiene la hoja abierta por presión. Es un ejemplar que imita una navaja francesa, modelo Beauvoir.

J.S.F.



442

Navaja

Siglo XIX-XX.

Hierro, acero, asta y latón.

Longitud: 57'5-30'5 cm., ancho hoja: 3'4 cm., ancho cachas: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Pieza igualmente caraterística de la artesanía albacetense. Pueden destacarse en ella las numerosas muescas triangulares, practicadas en el lomo de una de las caras, y la doble hendidura longitudinal destinada a facilitar la apertura de la hoja. Todas con el típico color rojo. Otro detalle es el torneado con que se remata el rebajo.

J.S.F.

443

Navaja

Principios del siglo XIX. Albacete.

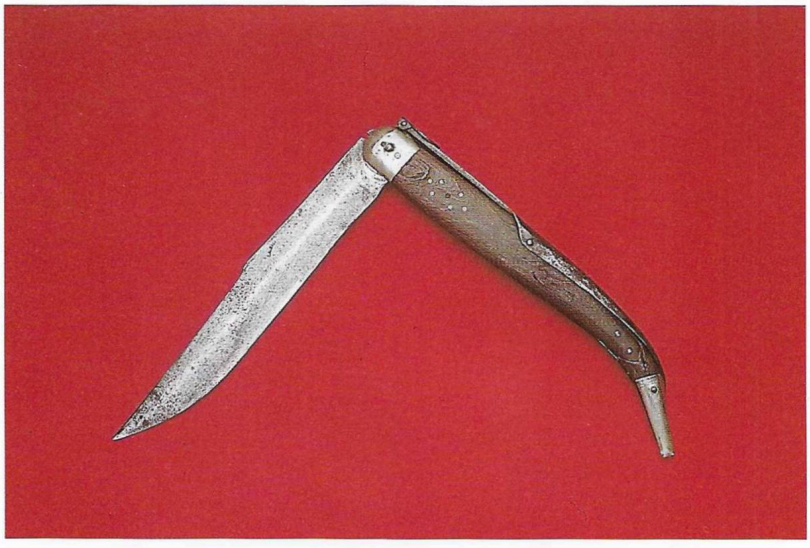
Hierro, acero, asta y metal blanco.

Longitud: 46-25 cm., ancho hoja: 3'3 cm., ancho cachas: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hoja sin decoración en una de cuyas caras aparece la inscripción «C. ALBACETE». El talón es de piñón único. Las cachas son de asta de color marrón. Virola y rebajo de metal blanco con una reducida decoración incisa gemétrica. El muelle es de varilla y abraza parcialmente las cachas. Está provista de pestaña.

J.S.F.



444

Navaja «Jerezana»

1910. Albacete.

Alfaro García.

Acero y asta.

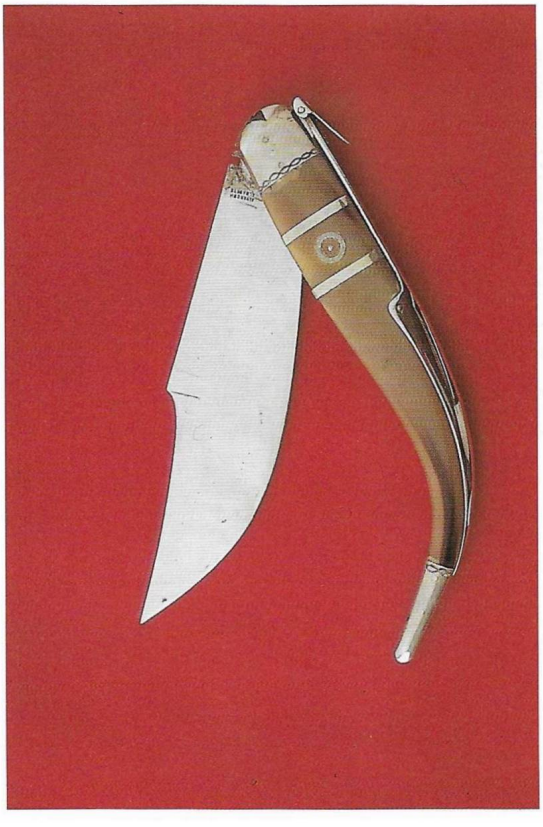
Largo: 54 cm.

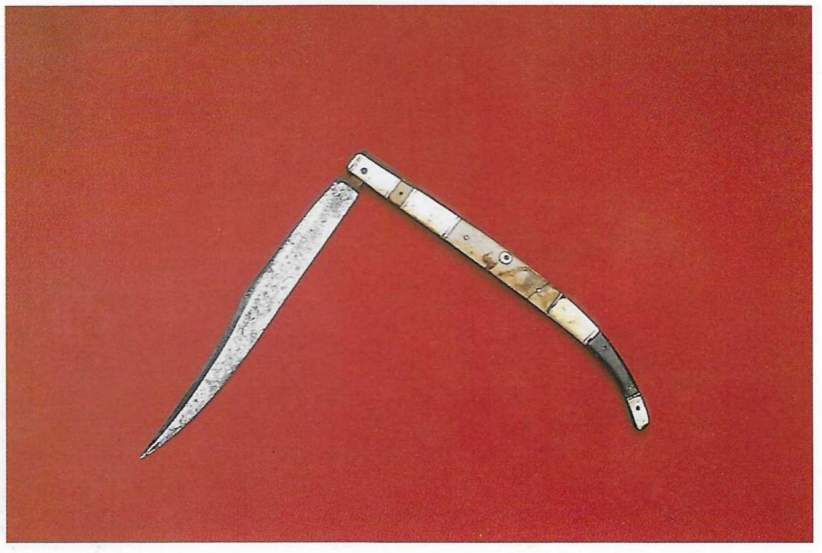
PROPIEDAD PARTICULAR.

Es una buena muestra artesana de navaja albacetense según el modelo jerezano. Esta pieza fue realizada ex-profeso para regalarla al maestro D. Recaredeo Gutiérrez.

Cat. Expo. «Albacete, 600 años», 1981, n.º 246.

L.G.S.B.





445

Navaja

Siglo XX, primer cuarto. Albacete.

Acero, asta y latón.

Longitud: 41'5-22 cm., ancho hoja: 2 cm., ancho cachas: 1'5 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Es un magnífico ejemplar de navaja albaceteña que tiene la particularidad de no poseer carraca ya que su talón únicamente posee el rebaje para que sólo se apoye el resorte de la varilla que mantiene abierta la hoja con fuerza. Las cachas, poco curvadas, están elaboradas alternando piezas de cuerno y latón. La virola es plana y el rebajo es sumamente reducido.

J.S.F.

446

Colección de modelos de navajas

1976. Albacete.

Hermanos Expósito, Albacete.

MUSEO DE ALBACETE.

1. DE FIELES. Es el tipo más antiguo, con sólo los elementos esenciales: hoja, mango, clavos. Sencilla, eficaz, barata.

2. DE ANILLA. Más sólida que la anterior, con poderoso muelle y anilla para colgar.

3. PASTORA. Sencilla y sólida, es de uso múltiple, pero especialmente utilizada para degollar y desollar. Es uno de los tipos más antiguos.

4. CABRITERA. El nombre indica claramente su principal uso.

5. DE ALBACETE. De uso doméstico y rural. Arma de defensa y ataque, y al mismo tiempo, utensilio para la comida y el trabajo.

6. PUNTA DE ESPADA. Está considerada como reminiscencia del espadín, arma de caballeros caída en desuso.

7. PUNTA CORTADA. Tipo originado por las limitaciones impuestas a la fabricación y uso de navajas a principios del siglo XX: prohibiéndose la punta y limitándose las dimensiones.

8. TRANCHETE. Navaja especialmente creada para podar.

9. MACHETE. Pieza de hoja simétrica parecida al machete plegable del que toma su nombre.

10. LENGUA DE VACA O «CAPAORA». Hoja ancha y corta, ideal para castrar cerdos. La consideramos tipo creado en nuestra región.

11. SEVILLANA. Variedad de la Albaceteña, un tanto más airosa y grácil.

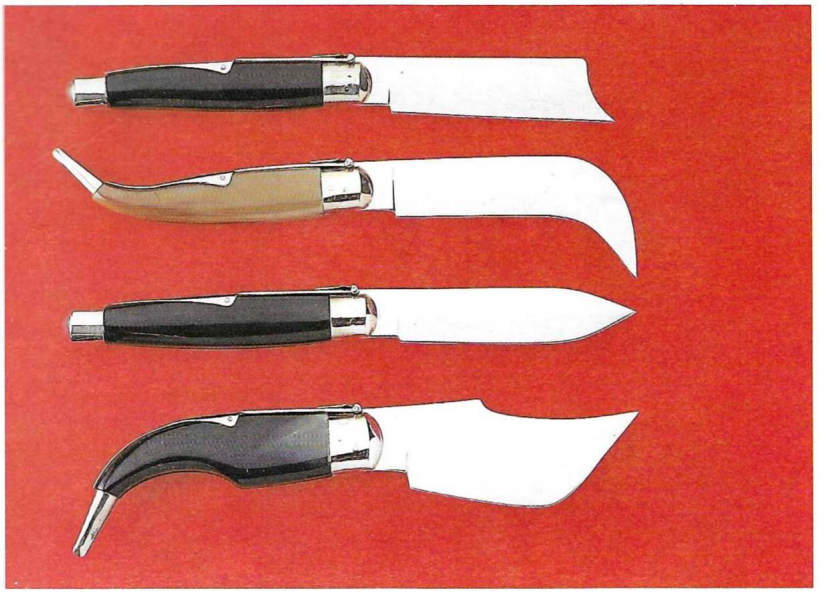
12. ESTILETE. Viene a ser un agudo puñal plegable, con la hoja protegida por el mango.

13. JEREZANA. Es la antecesora de la Bandolera, arma de ataque y defensa.

14. BANDOLERA. Arma de afilada punta y fría hoja, adecuada para la agresión.

Cat. Expo. Albacete, 600 años, n.º 247.

S.S.G.



447

Cuchillo

Siglos XVIII-XIX. Albacete.

Acero, latón y madera.

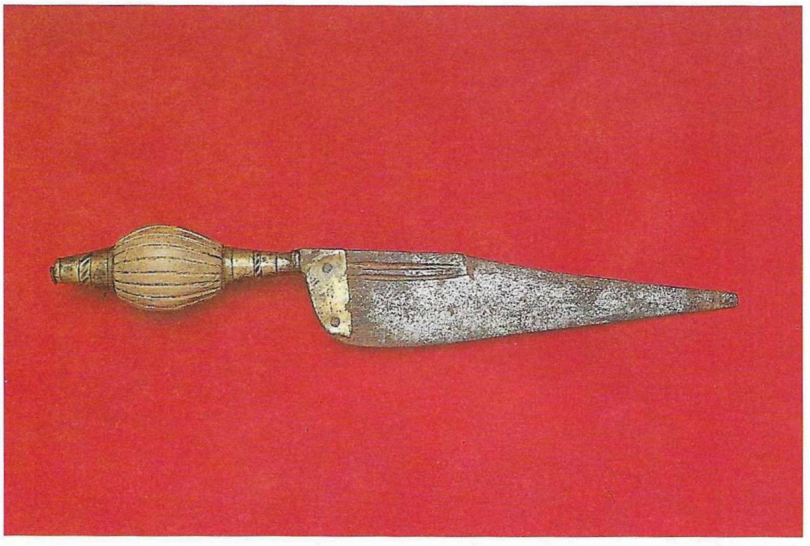
Largo: 25 cm.

MUSEO DE ALBACETE.

Cuchillo con una hoja casi triangular con dos muescas longitudinales en el lomo de cada una de las caras. Empuñadura de madera con remate coniforme de latón con escasa decoración incisa. Es frecuente este tipo de cuchillos en la artesanía local de los siglos XVII al XIX.

Cat. Expo. «Albacete, 600 años», 1982, n.º 243.

J.S.F.



448

Cuchillo

Siglo XIX. Albacete.

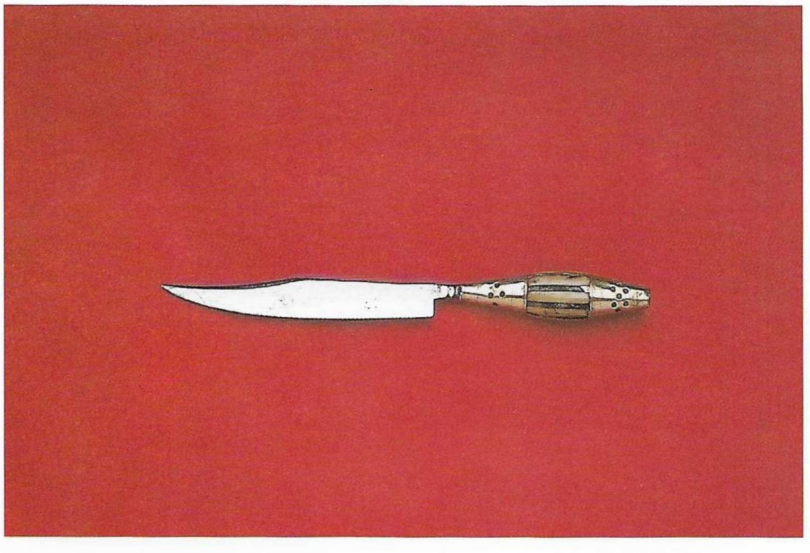
Acero, asta y latón.

Largo: 27 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hermoso cuchillo albacetense en el que destaca la empuñadura, con característica forma fusiforme que está ornamentada en su parte central por tiras desarrolladas en longitud de latón y cuerno alternativamente. Los extremos son de conos de latón, decorados con un punteado realizado con punzón.

J.S.F.



449

Puñal

Primera mitad siglo XX. Albacete.

Acero, asta y latón.

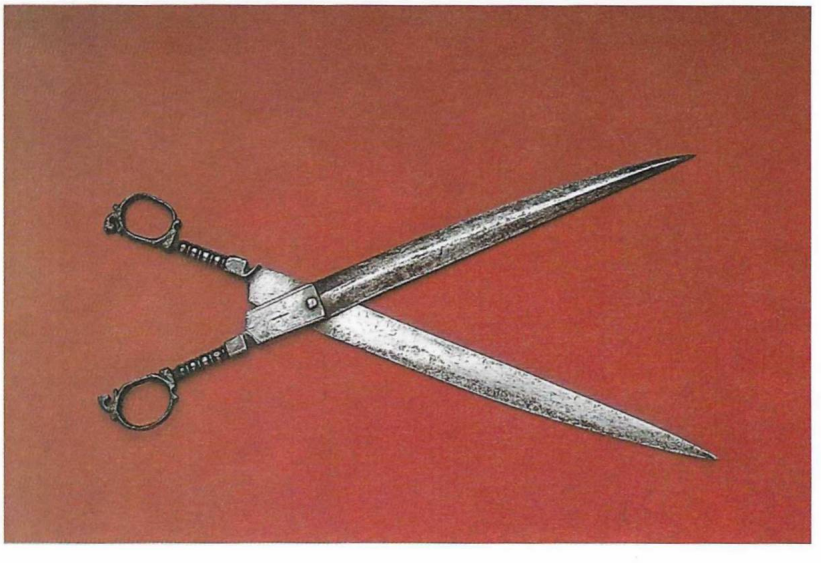
Largo: 26 cm.

MUSEO DE ALBACETE.

Es un puñal posiblemente de caza, con empuñadura fusiforme con zona central de asta de color marrón y extremos coniformes de latón con escasa y poco profunda decoración incisa. El tipo es frecuente en la cuchillería local.

Cat. Expo. «Albacete, 600 años», 1982, n.º 244.

J.S.F.



450

Tijeras de escribanía

Siglos XVII-XVIII. Albacete.

Acero.

Longitud: 29 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Característica pieza apuñalada albaceteña con cuchillas alomadas, escudete con borde recto y marca en ángulo llano. Brazos cilíndricos trabajados a lima, anillos ovalados y pedúnculo calado.

J.S.F.

451

Tijeras de escribanía

Siglo XVIII. Albacete.

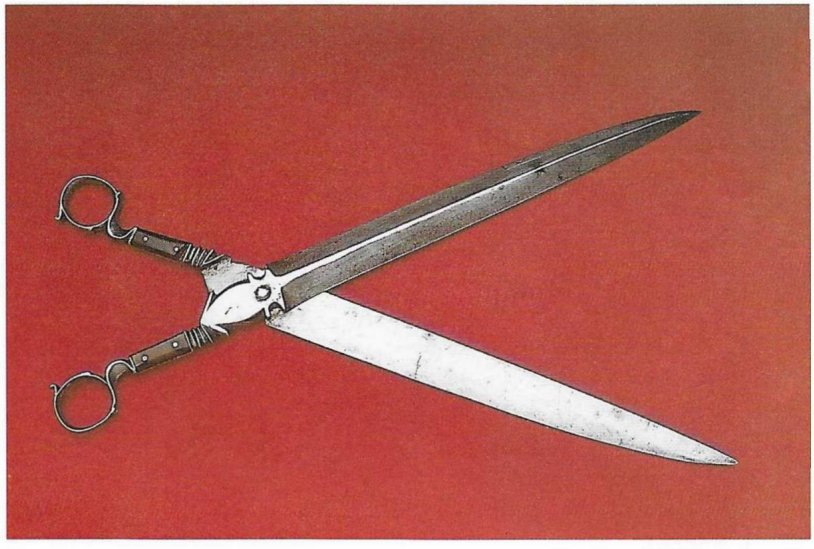
Acero y asta.

Longitud: 32'3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Hermosa pieza de cuchillas alomadas y escudete muy trabajado a lima. Los brazos combinan el limado con aplicaciones de asta de color marrón oscuro. Los anillos pequeños y ligeramente alomados.

J.S.F.



452

Tijeras de escribanía

Siglo XVIII. Albacete.

Acero.

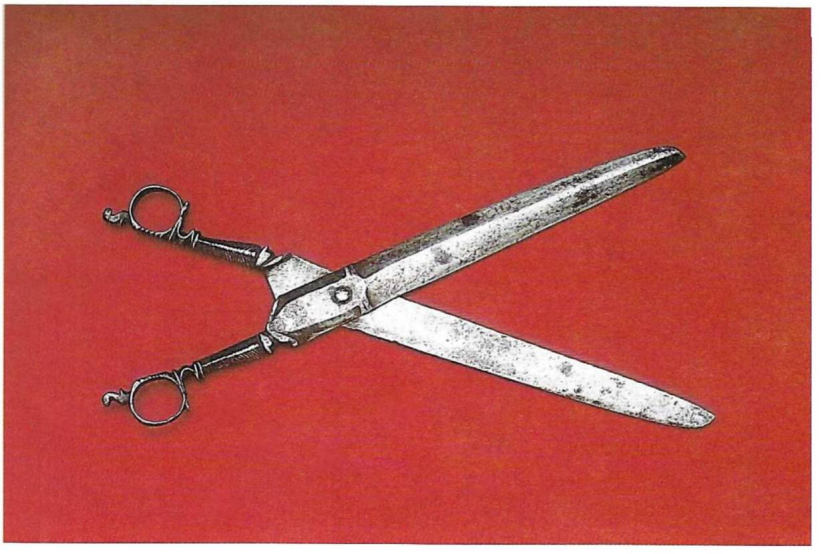
Longitud: 30 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Pieza de cuchillas alomadas con una inscripción casi borrada en una de sus caras, en la que se distingue... PRESTO...SOI / SOLO D.... / .... SOLO ....

Tiene muy trabajados, con una gran labor de forja lima y pulido, el escudete (en forma de lira) y los brazos. Anillos ligeramente ovalados terminados en pequeños pedúnculos.

J.S.F.



453

Tijeras de escribanía

Siglo XVIII. Albacete.

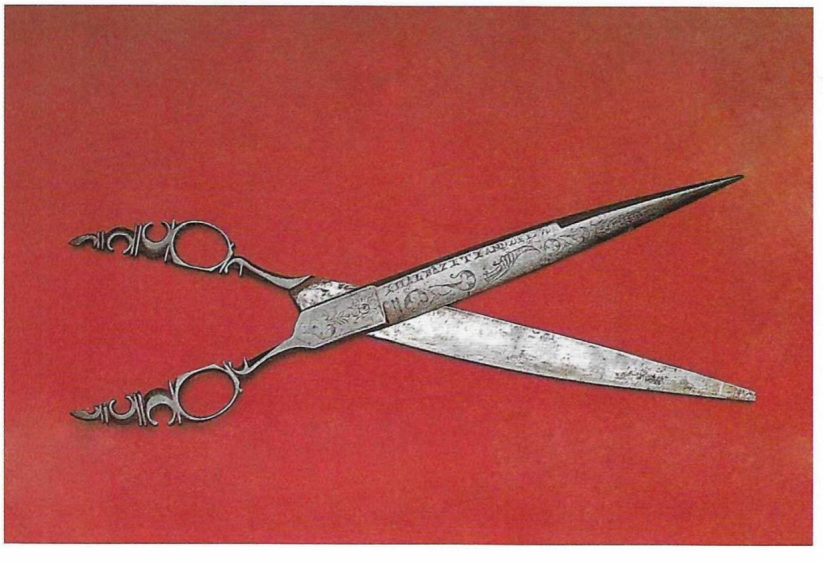
Acero.

Longitud: 28'5 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Pieza de cuchillas alomadas rectas cuyos bordes se prolonga ininterrumpidamente por el escudete. Brazos trabajados con decoración estriada. Anillos con pedúnculos trabajados a lima. En las caras exteriores de las cuchillas quedan restos de sendas inscripciones.

J.S.F.



454

Tijeras de escribanía

1770. Albacete.

Acero.

Longitud: 32 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Es un bello ejemplar de la tijerería albacetense. Apuñalada y con una decoración vegetal y animal —una estilizada ave— en las caras externas de las cuchillas, en las que aparecen grabadas, respectivamente, las inscripciones: EN ALBAZETE AÑO DE 1770 y SOI DE MI DUEÑO Y SEÑOR. Escudete con bordes rectos y decoración floral. Brazos trabajados y anillos pequeños, ligeramente ovalados, que rematan en desarrollada peineta triangular, formada por el afrontado y adorado de las típicas «C» en disminución de tamaño.

J.S.F.

455

Tijeras de escribanía

1773. Albacete.

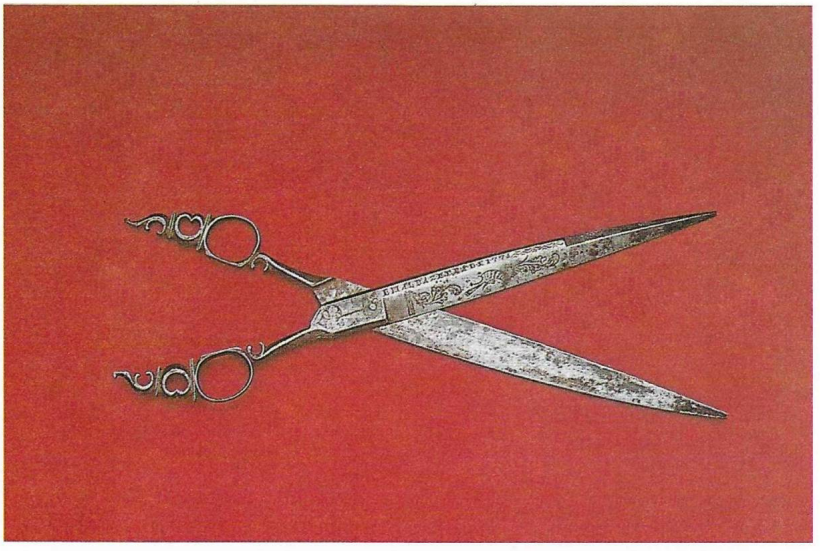
Acero.

Longitud: 28 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Pieza estilísticamente muy parecida a la anterior, aunque de menor longitud. La peineta tiene un cuerpo menos. Las inscripciones difieren ya que aquí las leyendas grabadas son: EN ALBAZETE A(ño) DE 1773, y SOI DE D(on) MIGUEL RRUIZ MI SEÑOR I DUEÑO.

J.S.F.



456

Tijeras de escribanía

Siglos XVIII y XIX. Albacete.

Acero.

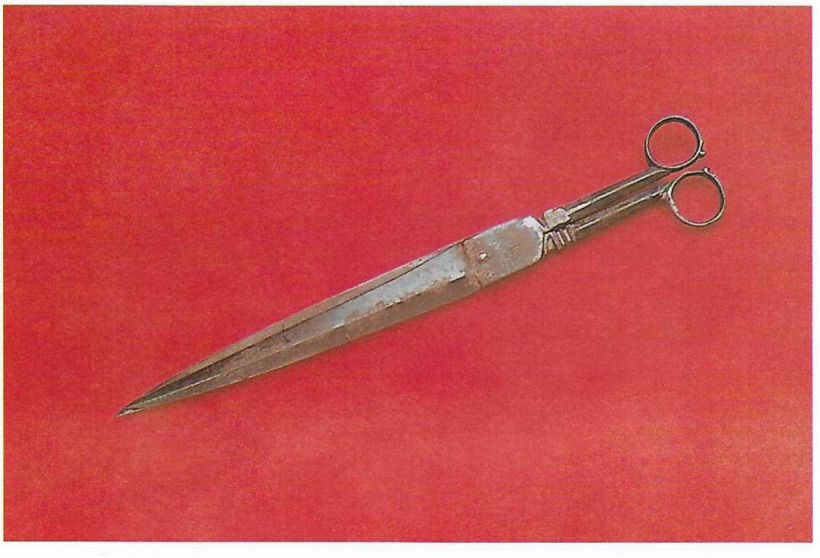
Largo: 29 cm.

MUSEO DE ALBACETE.

En el repertorio de cuchillería de Albacete son numerosas las grandes tijeras de escribanía las que frecuentemente aparecen firmadas por sus artífices. Éstas que mostramos no lo están pero sí tienen la marca de una flecha en el escudete. Proceden de la colección de D. Joaquín Sánchez Jiménez.

Cat. Exp. «Albacete, 600 años» 1982, n.º 241.

J.S.F.



457

Tijeras

Siglo XX. Albacete.

Acero niquelado.

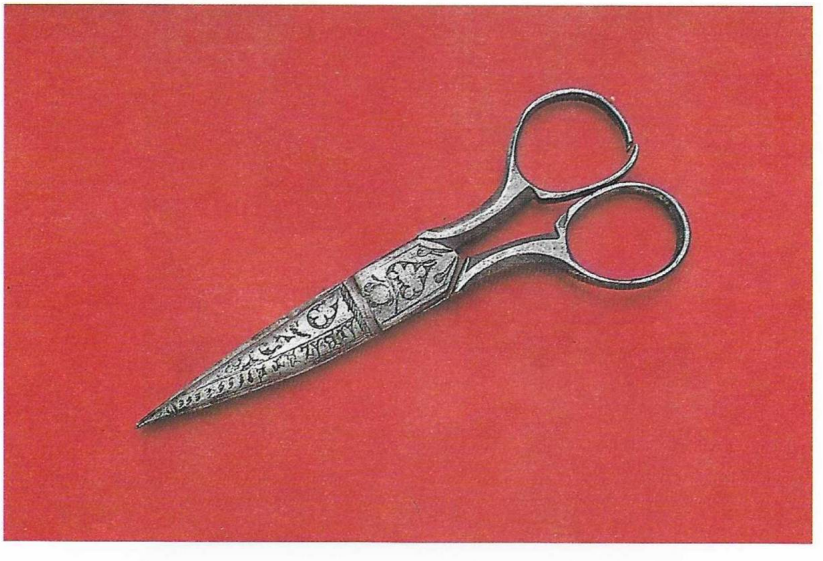
Largo: 26'5 cm.

MUSEO DE ALBACETE.

Estas tijeras de nuestro siglo han querido recoger la tradición artesana de la ciudad. Muestra por marca el escudo de Albacete y la leyenda «FÁBRICA DE ALBACETE» en ambas caras del escudete, respectivamente. Las cuchillas están profusamente decoradas y en la cara exterior de cada una de ellas figura la leyenda «MADE IN HISPANIA». Los brazos también están decorados y los anillos son ovalados y desiguales.

Cat. Exp. «Albacete, 600 años», 1982 n.º 245.

J.S.F.



458

Tijeras Costura

1770. Albacete.

Acero.

Largo: 10'5 cm.

MUSEO DE ALBACETE.

Pequeñas tijeras de cuchillas anchas, brazos ligeramente curvados y anillos ovalados lisos. Presenta decoración en ambas caras externas y en los lados del escudete. En la mesa de una cuchilla tiene grabada la leyenda «ALBAZETE»; en la otra, figura la fecha de elaboración.

Exp. «Albacete, 600 años», 1982, n.º 240.

J.S.F.

459

Tijeras apagavelas

Siglo XVIII. Albacete.

Hierro.

Longitud: 17'5 cm., ancho: 5'7 cm., prof.: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Pieza destinada a apagar las velas y candiles. También se utilizaba para acondicionar las mechas liberándolas de la cera que entorpecía la buena combustión. Destaca la obra de forja y lima de los brazos con las características «C» adoradas. Anillos casi circulares muy sencillos.

J.S.F.

460

Tijeras apagavelas

Siglo XVIII. Albacete.

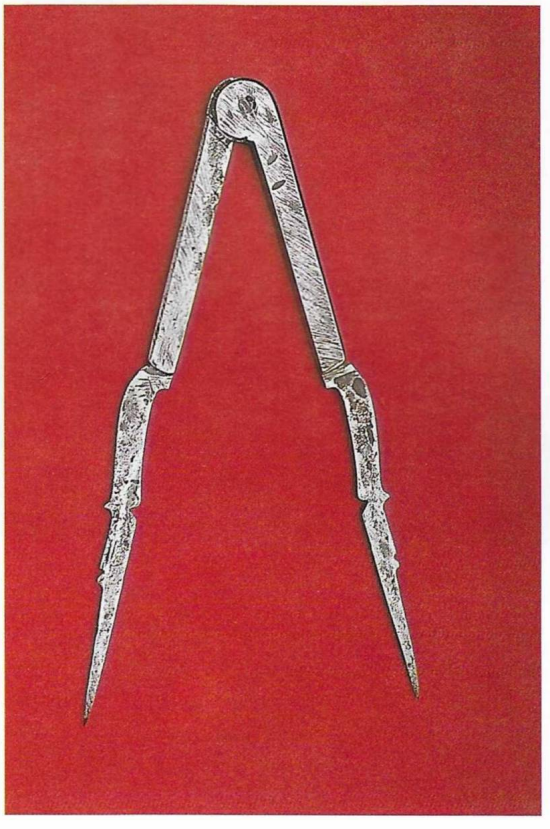
Hierro.

Longitud: 14'5 cm., ancho: 5'5 cm., prof.: 3 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Pieza con la misma funcionalidad que la anterior pero trabajada con mayor simplicidad. Ésta posee tres patas para su apoyo que facilitan su agarre.

J.S.F.



461

Compás

Siglos XVIII-XIX (?). Albacete.

Hierro.

Longitud: 29'5 cm., ancho: 4'5 cm.

PROPIEDAD PARTICULAR.

Rara pieza de una tipología de la que no se tenía noticia como fabricación albacetense. Posiblemente es un compás para realizar medidas en las cartas de navegación. En la cara interior de uno de sus brazos tiene grabada la procedencia: ALBAZETE. Las puntas están trabajadas a base de forja y lima.

J.S.F.